



Platero ambulante de la India.

23 de agosto de 1845.

TOMO III. 23

ESTUDIOS DE VIAGES.

INDIA.

DIVISION DE LOS INDIOS EN CASTAS.—PROFESIONES INDUSTRIALES.

Designanse en Europa con la denominacion de *castas*, las diferentes tribus que componen los pueblos de la India.

La division mas general, y al mismo tiempo mas antigua, es la que los clasifica en cuatro tribus principales. La primera y mas distinguida entre todas es la de los *Brahmas*, á la cual siguen la de los *Rajahs*, de los *Veissiahs* ó directores de agricultura y comercio, y la de los *Sudras* ó trabajadores y esclavos.

Las atribuciones de cada una de las cuatro, son: la de los *Brahmas*, el sacerdocio y sus diferentes ejercicios; la de los *Rajahs*, la profesion militar en todos sus ramos; la de los *Veissiahs*, la agricultura, el comercio y el cuidado de criar los ganados, y últimamente la tribu de los *Sudras* está sometida á una especie de esclavitud.

Cada una de estas cuatro castas se subdivide en otras muchas; pero aquella en que las categorías son mas numerosas es la de los *Sudras*, que forma en cierto modo la masa de la poblacion, y que unida á la casta de los *Pariahs*, equivale á las nueve décimas partes de habitantes.

Como la mayor parte de las profesiones mecánicas, y casi todos los trabajos materiales, se encomiendan á los *Sudras* y como segun las preocupaciones del pais ningun indio puede desempeñar dos profesiones á la vez, no deberá extrañarse que los numerosos individuos de que se compone esta tribu se compartan en tantas ramas distintas.

Obsérvanse, ademas, en algunos distritos, castas que no se hallan en ninguna otra parte, y que se hacen notar por las estrañas costumbres que les son peculiares; por ejemplo, en Meissons, hay una tribu que se denomina de *Mon-sa-Hokeula-Makulou*, en la cual, cuando una madre de familia casa á su hija mayor se vé obligada á sufrir la amputacion de dos coyunturas en el dedo del medio y en el anular de la mano derecha. Si la madre de la novia ha muerto, la del novio ó en su defecto el pariente mas cercano debe someterse á esta cruel mutilacion.

Hay, ademas, en los diversos paises otra porcion de castas que se distinguen por costumbres no menos bárbaras que la que acabamos de citar.

Algunos sostienen que esta division de castas es la que ha conservado las artes en la India, y que por la misma razon podrian tomar estas el mismo vuelo que en Europa, á no ser por las trabas con que tiene que luchar todo el que se dedica á su ejercicio.

Esta perfeccion en las artes se habria alcanzado seguramente en un pueblo tan industrioso como el de los indios, dice el sabio misionero Dubois, si el egoismo de los que le gobiernan no fuese un terrible obstáculo. En efecto, desde el momento en que se tiene noticia de un obrero que se distingue en su profesion, le sacan de su taller por órden del principe y le conducen á su palacio, donde le encierran á veces por toda la vida, obligándole á trabajar sin descanso y con una paga muy mezquina. Semejante conducta, adoptada en todos los puntos de la

India sometidos á principes indigenas, no puede menos que debilitar toda clase de industria y amortiguar toda emulacion. A esta sola causa se atribuye tambien el estado de atraso en que se hallan las artes entre los indios, con respecto á otros pueblos, á los cuales han ¡recedido en civilizacion por espacio de tantos siglos. No es, pues, ni la industria, ni la agilidad lo que falta á sus obreros. En los establecimientos europeos, en donde se les paga con arreglo á su mérito, véense muchos, cuyos trabajos honrarian á los artistas de Europa, sin que, ademas, necesiten recurrir á ese infinito número de herramientas cuya sola nomenclatura exige un estudio particular. Una ó dos hachas, otras tantas sierras y cepillos, y el todo de especies y formas tan groseras, que ningun europeo sabria sacar partido de él, son casi los únicos instrumentos que se ven en manos de los carpinteros de la India. El obrador ambulante de un platero, consiste, generalmente, en un pequeño yunque, un crisol, dos ó tres martillos pequeños y otras tantas limas; con tan sencillos utensilios, la paciencia de los indios unida á su industria, sabe producir obras que las mas veces no se distinguirían de las que á mucha costa se transportan de los paises mas lejanos. ¡A qué grado de perfeccion no llegarían estos hombres, si en vez de ser, por decirlo así, discípulos de la simple naturaleza, estuviesen desde su infancia bajo la direccion de hábiles maestros!

Para formar una idea de lo que podrian adelantar los indios en las artes y manufacturas, si su industria natural estuviere protegida como debia, bástenos trasladarnos al obrador de uno de sus tegedores ó de sus pintores de telas, y considerar detenidamente la clase de instrumentos con los cuales elaboran esos chales, esas soberbias muselinas, esas finísimas telas, esos bellos tegidos de seda y lana que ocupan un distinguido lugar entre los primeros artículos de lujo. Para hacer estos magníficos trabajos, usa el artesano casi tanto de sus pies como de sus manos; ademas, la máquina de torcer y todo el aparato necesario para urdir y trabajar el hilo antes de pasarlo al telar, como todos los demás útiles de que se sirven en el resto de la obra, son tan sencillos y en tan escaso número, que todo ello reunido apenas formaria la carga de un hombre. De modo que nada tiene de estraño el ver á uno de estos obreros cambiar de domicilio y llevar al hombro cuanto necesita para empezar á trabajar en el momento en que llegue á su nueva habitacion.

Las pinturas sobre las telas, que no llaman menos la atencion, se ejecutan por medios igualmente sencillos. Tres ó cuatro estacas de bambú para estirar la tela, el mismo número de pinceles para aplicar los colores, algunos pedazos de vasijas de barro que contienen á estos últimos, y una piedra hueca para molerlos, es sobre poco mas ó menos todo lo que constituye el obrador de esta clase de artistas.

He oido (dice el misionero Dubois) á personas muy sensatas por otra parte, pero imbuidas aun con las preocupaciones que llevaban de Europa, pronunciar un juicio, erróneo á mi modo de ver, sobre la numerosa division de castas entre los indios. Esta division, no solo les parecia inútil para el bien general, sino ridícula y hecha únicamente para oprimir á los pueblos y destruirlos. En cuanto á mí, que tantos años he vivido en medio de los indios, en calidad de amigo, por cuya razon he podido observar de

cerca el genio y carácter de estos pueblos, he concebido sobre ese particular ideas enteramente opuestas. Considero la division de castas como la obra maestra de la legislación indiana bajo muchos aspectos, y estoy persuadido de que si los pueblos de la India no han caído jamás en un estado de barbarie, y que si supieron comenzar y perfeccionar las artes, las ciencias y la civilización, al paso que la mayor parte de las demas naciones yacian en la mas crasa ignorancia, no debieron tan preciosas é inestimables ventajas sino únicamente á la distribucion en castas de sus habitantes.

«A mas de esto, preciso es convenir en que si los indios no estuviesen contenidos en los límites del deber y de la subordinacion por el sistema de la division de las castas y por los reglamentos de policía propios para cada tribu, estos pueblos llegarían en ser en corto tiempo lo que los Pariahs y quizá peores; toda la nacion caería indispensablemente en la mas deplorable anarquía, y antes de la estincion de la generacion actual, este país tan civilizado podría contarse en el número de los mas bárbaros que existen sobre la tierra.»

GLORIAS DE ESPAÑA.

LAS NAVAS DE TOLOSA.

I.

Cierto día de año de 1212, se hallaba el rey de Castilla solitario y pensativo, en una suntuosa cámara del alcázar de Toledo. Abandonando el cuidado del gobierno é indiferente á la suerte de sus vasallos, se hallaba el monarca sumergido en un profundo abatimiento, inmóvil y como amortiguado su varonil esfuerzo. Una jóven de estremada hermosura, objeto de los cariños y del mas tierno amor del monarca, acababa de ser violentamente asesinada, y el sentimiento de esta desgracia agravado en el soberano de Castilla, al contemplar enternecido las prendas que aun poseía de su amada, hacía que no desease sobrevivir á su pérdida. Alfonso VIII era este monarca, y la jóven hermosura, muerta por los indignados castellanos, era Raquel, la célebre israelita de Toledo.

La sangrienta catástrofe de esta muger habia disgustado de tal manera á Alfonso VIII, y tal impresion habia hecho en su ánimo, que nada podia sacarle de aquel melancólico abatimiento en que era victima de su pasión. No era sin embargo femenino, ni estaba envilecida el alma de Alfonso VIII rey de Castilla: en los cuarenta y seis años que llevaba de reinado, ya se le habian ofrecido repetidas ocasiones de manifestar un valor á toda prueba; una prudencia y una sabiduría extraordinarias. Se ciñó la corona de Castilla en una edad temprana, cuando el reino estaba próximo á su ruina y cuando los principes comarcanos se habian aprovechado de las revueltas de los tiempos, para apoderarse de muchas plazas fronterizas. La intrepidez de Alfonso superior á sus años, puso remedio á tantos males: llamó á su lado á los antiguos y experimentados capitanes, encanecidos en medio de las batallas del tiempo de su padre el rey don Sancho, y en otros reinados anteriores, y con su auxilio y sus consejos pudo mantener á los pueblos en la obediencia, reconquistar las plazas que le habian usurpado, y vencer al rey de Leon, al de Aragon y al de Navarra.

Alfonso el VIII hizo temibles en todas parte las huestes castellanas; reunió bajo su victorioso estandarte á todos los caballeros y ricos-hombres castellanos, y se vió aclamado como un héroe; pero este héroe era hombre al fin, y como tal, pagó el tributo á la humana flaqueza. Sus amores con la bella judía y las funestas consecuencias que acarreaban, irritaron los ánimos, contribuyendo también las creencias religiosas á precipitar la ruina de

aquella favorita. Creían los sencillos castellanos que los descalabros últimamente sufridos, y las victorias que tanto habian ensoberbecido á la morisma, no eran otra cosa mas que un castigo del cielo y un testimonio palpable de su indignacion, por el escándalo que daba el monarca en sus relaciones amorosas con una muger hebrea de nacion. No es, pues, de estrañar, que el odio contra ella llegase hasta el extremo de teñir en su sangre los aceros en los arrebatos de un movimiento popular; pero lo que esperaban fuese un remedio de la situación del monarca, fué por el contrario causa de su mayor abatimiento y dolor. Ni las personas de su familia, ni sus amigos, ni sus privados ejercian en él la influencia necesaria para reanimarle, y entretanto el reino caminaba á su perdicion, porque el leon de Iberia estaba adormecido en su letargo.

II.

Un solo hombre hubo capaz de tomar á su cargo la empresa de volver los acostumbrados bríos al abatido corazón de Alfonso VIII. Un anciano venerable, pero de sentimientos exaltados y generosos; un santo anacoreta, que habiendo pasado en la corte los años floridos de su vida, pasaba los últimos en la meditacion y el retiro del que salia en circunstancias estraordinarias, para ilustrar al monarca con la sabiduría de sus consejos y con los frutos de su esperiencia. Este hombre, como inspirado del cielo, subió á el alcázar y poco acostumbrado al vano ceremonial de la corte, marchó derecho á la estancia de Alfonso, sin que guardias y cortesanos tuviesen audacia para impedirselo: penetró al fin donde estaba el monarca solitario y con inaudita energía le reconvinó por su culpable ociosidad.

—¿Es este el rey de Castilla? decía ¿Aquel que hizo temblar en otro tiempo á sus numerosos enemigos? ¿dominado ahora por una vergonzosa pasión, todavía lamenta la pérdida de la infame compañera de adulteros amores! Así degrada su escelsa dignidad; así envilece el augusto cetro á que tanto brillo dieron los monarcas sus predecesores; así renueva los tiempos de don Rodrigo, con citando contra su reino infeliz la cólera del cielo, como lo hizo aquel incauto príncipe. Entre tanto los reyes de Aragon y de Navarra, aprovechándose de esta flaqueza femenino, vuelven á invadir sus estados como burlándose de su defensor: entretanto los feroces enemigos del nombre cristiano, llevándolo todo á sangre y fuego, no van á dejar piedra sobre piedra en el infeliz reino de Toledo.

Las sentidas palabras del anciano y hasta el sublime

tono de su voz, hicieron profunda impresion en el monarca. Al principio, no estando acostumbrado á escuchar la verdad tan sin rodeos, fijó los ojos en el anciano, dando á su semblante la expresion del disgusto y la estrañeza. Despues, penetrado sin duda de la fuerza y solidez de sus reconvenções, dejó caer la cabeza sobre el pecho y permaneció en ademan de meditarlas.

Conoció entonces el respetable varon lo mucho que le queria el monarca, y la influencia que en él tenían sus palabras, y supo aprovechar tan favorable circunstancia.

—Si, amado Alfonso, le decia, llegó el momento en que escuches de boca de un antiguo amigo, la verdad desnuda, cual no se atreven á decirtela esos cortesanos que te rodean. Yo vengo á ti, cual en otro tiempo Natan á David, para anunciarte los males del infeliz pueblo; de ese pueblo que al ver al enemigo precipitarse sobre sus fértiles campiñas, clama por su rey que le guie á la victoria, ¡desgraciados castellanos! Al ver que el rey no responde á sus clamores, le creen envilecido para siempre.

—¿Eso creen de mí? dijo Alfonso.

—Lo creen: replicó el anciano, y sino te conmueven esos lamentos de tus súbditos, dignos de mejor suerte, si no te duele el verlos cautivos y sus ciudades y campiñas assoladas, hágate al menos estremecer el brazo vengador de la justicia divina pronto á descargar el golpe sobre tu cabeza.

—No, no será así, exclamó Alfonso, yo adoro esa justicia divina y sabré aprovechar el salutar aviso que por tí me envia.

—Pues bien, levántate ilustre Alfonso, despréndete de los lazos ominosos que te aprisionan; sal de estos sitios voluptuosos donde se respira un aire inficionado y blande tu terrible espada en el campo de batalla.

Al decir estas palabras, estendia el anciano su brazo hacia la formidable espada de don Alfonso, que envainada por largos dias, aun permanecia formando parte de un bético trofeo que adornaba la estancia.

El rey entonces salió de su letargo y recobrando de improviso todo su ardor, se dirigió hacia la espada: desenvainándola con entusiasmo, exclamó volviéndose al anciano:

—Padre mio, ya veis desenvainada la espada de Alfonso, bendecidla y bendecid mi brazo, porque la sangre la vá á teñir con abundancia. En breve se mostrará Alfonso VIII al frente de sus leales castellanos, para abatir las orgullosas medias lunas y manifestar al mundo entero que aun no se ha estinguido el valor de nuestros pechos. El oprobio de unos pocos dias, le hará olvidar un porvenir de gloria.

III.

¡Qué grandioso espectáculo presenta un pueblo que se levanta resuelto y unánime en defensa de su libertad! ¡Que olvidando las querellas que le agitan, y acordándose de que solo hay una patria que perder, se lanza unido contra el enemigo comun! Los magnánimos castellanos, aborrecedores de la odiosa dominación mahometana, son los primeros á tomar las armas, gozosos por ver á su frente aquel rey, que por su afabilidad y su justicia habia obtenido el sobrenombre de *Bueno*. Los que habian sentido tanto su ausencia, los soldados veteranos acostumbrados á pelear bajo su mando, cobran entonces nuevo brio y volviendo sus amenazadores ojos hacia el Mediodia, ya parece que pronostican el estermínio de la morisma. La voz de guerra resuena entonces desde Calpe al Pirineo: la España entera está en movimiento y todos los principes cristianos quieren tomar parte en la nueva coalición contra los infieles. De todas partes, hasta de las márgenes del Sena y de las playas de la nebulosa Albion, acuden guerreros esclarecidos y campeones ansiosos de

distinguirse; porque la noticia de esta guerra se habia esparcido par toda la cristiandad, y en todos ardía el deseo de disfrutar las gracias é indulgencias que el soberano pontífice habia concedido á la cruzada española.

Unas tropas vienen ya aguerridas en mil batallas campales; otras sin instruccion y sin armas: pero con muy buenos deseos. Tanta muchedumbre no halla cabida dentro de Toledo, ni en sus arrabales, y tiene que acampar en la vega frondosa que riegan las aguas del Tajo, cabe los muros de la célebre ciudad. Aquella deleitosa campiña ofrecia durante las horas del dia la perspectiva mas pintoresca y mas variada; como que hacia muchos años que no se habian visto en España tantas y tan diversas tropas, reunidas contra el poder de la morisma. En el silencio de la noche, cuando la necesidad de reposo mitigaba el bullicio y movimiento del dia, percibianse en distintos puntos del campo armoniosos sonidos, mansamente acompañados á lo lejos por el susurro del agua y las presas de los molinos de la ribera. Ya se percibia la alegre cancion del trovador francés ó la marcial tonada alemana: ya alguna melancolica balada inglesa, y sobre todo los monótonos, pero briosos romances de los españoles, á quienes siempre gustó celebrar las proezas de sus antepasados.

La llegada de un nuevo paladin, de las gentes de armas de algun poderoso señor, de los concejos de las villas y ciudades, y sobre todo de algun monarca que concurría á tomar parte en la expedición, era un motivo de solemnidades y regocijos. A las órdenes de don Alfonso, rey de Castilla y generalísimo de los ejércitos, vinieron sucesivamente á ponerse, los reyes de Portugal y de Leon; el rey don Pedro II de Aragon y el rey don Sancho de Navarra; los maestros de Santiago, Calatrava y Alcántara con sus temidas huestes, los prelados, los magnates, los personajes extranjeros y cuantas personas de cuenta y valer residían entonces en Castilla.

Antes de partir en busca del enemigo, acuden todos los gefes á la catedral, para implorar el auxilio del todopoderoso y celebrar una solemne rogativa, con toda la pompa y magestad del culto cristiano. Todo el cabildo, revestido de sus mas suntuosos ornamentos, asiste á los oficios que se celebran de pontifical con todo el lujo de la aristocracia eclesiástica. Los reyes, los grandes de la tierra se humillan ante el Dios de los ejércitos y le dirigen sus fervorosas plegarias, que suben á lo alto con la aromática nube de incienso que sale de manos del sacerdote. Los sublimes cánticos de la iglesia se escuchan en tanto, acompañados por los mismos instrumentos bélicos del ejército, y esta colosal orquesta, que en otra parte seria en extremo estrepitosa, es la única que pudiera resonar en armonia con las vastas proporciones y gigantescas bóvedas de aquel suntuoso templo. El venerable arzobispo don Rodrigo viene al fin á predicar la cruzada española, y anuncia las gracias espirituales que están concedidas, el prez y galardón que están reservados á los que se alistén bajo las banderas de la fé. Su voz llena de entusiasmo, se transmite en el instante á ochenta mil guerreros que marchan al combate.

IV.

Mahomad Miramolin, principe de los creyentes, habia reunido todas las fuerzas de los adoradores del profeta, para acabar con los principes cristianos en España. Ademas de las tropas de almorabides que habia traído de Africa, contaba en su ejército los belicosos musulmanes nacidos en la península; pero de pura raza árabe, como descendientes de los primitivos conquistadores de la España. Tenia tambien bajo sus órdenes á todos los califas y régulos, en quienes estaba repartido el mando

de las provincias de la España musulmana, y su inmenso ejército, que algunos historiadores hacen subir a trescientos mil hombres, presentaba unas masas imponentes por el número; pero tan heterogéneas como las del ejército castellano. Esta asombrosa multitud vino á acampar en las Navas; unas dilatadísimas llanuras, cerca del pueblecillo de Tolosa, del otro lado de Sierra Morena. Defendiendo las gargantas de la Sierra, protegido por sus inaccesibles montañas y confiando en sus numerosas huestes, se burlaba Mahomad de las de sus enemigos, y en la seguridad mas completa, habia establecido sus reales con una magnificencia, cual si él y toda su gente hubieran venido para asistir á una fiesta. Distinguiase en medio del cam-

pamento la suntuosa tienda del Miramolin, la que por su estension, riqueza, elegancia de trofeos y banderolas que la adornaban, mas parecia el verdadero palacio de un rey, que no un improvisado albergue de campaña. Hallábase rodeada de gruesas cadenas, fijas en fortísimos pilares, y varios esclavos haciendo la centinela, apoyados en sus mazas de armas, cuidaban de que no se turbase el profundo silencio que reinaba en derredor, y de que todos los transeúntes hiciesen acatamiento como si efectivamente vieses al soberano. Ningun musulman podia acercarse á la puerta de la tienda, vuelta, segun costumbre, hácia el Oriente, sin postrarse y quitar el calzado de sus pies.

En esta suntuosa morada, guarnecida interiormente



Aparicion del ejército cristiano á la vista del campamento árabe.

de alfombras y tegidos orientales, se hallaba el Miramolin, asistido de sus cortesanos y con las piernas cruzadas sobre cogines de damasco, cuando entraron á darle parte de la aparicion del ejército cristiano. No puede el bárbaro dar crédito á lo que le anuncian y levantándose de improviso, sale de la tienda para verlo por sus propios ojos. ¡Cuál fué su asombro, viendo asomar en el horizonte los escuadrones de los príncipes confederados é irse formando á su vista en la llanura. ¿Cómo habian subido hasta allí? ¿Cómo habian vencido los desfiladeros de la montaña y ganado su escarpada cumbre? Esto es lo que él no puede comprender. Decíase que un hombre singular, vestido de labrador, habia sido el guia de los cristianos y que habia desaparecido repentinamente, despues de haberles mostrado senderos desconocidos por entre las asperezas. No habia duda en que aquella aparicion repentina tenia algo de extraordinaria y milagrosa.

Mahomad permanece inmóvil, atónito: sus ojos parecen saltar de sus órbitas; sus cejas se fruncen y en su espresion de fiereza, en la arrogante actitud de su persona, ofrecia un modelo digno del estudio de un artista: tal era la elegancia con que estaba trenzado su turbante

verde y tal era la gracia con que los anchos pliegues de su manto caían á la espalda. Sus principales capitanes, que le habian venido siguiendo y permanecian á una respetuosa distancia, estaban atentos á sus menores ademanes, y como esperando sus órdenes para obrar con prontitud. Mahomad se vuelve, hace una seña, y casi en el mismo instante resuena en todo el campo la señal de la pelea.

V.

Antes de venir á las manos hubo unos momentos solemnes de silencio, en los que callaron trompetas y atambores y enmudecieron los lejanos añfiles de los bárbaros. Los soldados castellanos, hincada en tierra la rodilla, recibían la bendicion del arzobispo y elevaban sus corazones al Dios de las batallas. El rey don Alfonso en cuyo noble pecho se despertaba el sentimiento del honor mas poderoso que nunca, y que á vista de los enemigos sentia renacer toda su guerrera osadía, hincó tambien su rodilla, dirigiendo al cielo esta plegaria.

—Si hoy, señor, he de sufrir la merecida pena de mis culpas, ofrezco gustoso mi cabeza en espiación de ellas, al castigo de vuestra divina justicia. Aceptad, señor, mi vida, si con ella he de rescatar mi pecado; pero tened compasión de estos soldados que me rodean: no me permitais reinar sobre cadáveres, ni presenciar la ruina de la España que no puede salvarse sino triunfa en este día.

Ya entonces cubría el aire un diluvio de flechas, pero acortadas bien pronto las distancias, á las armas arrojadizas sucedieron los botes de lanza y los encuentros de alfanjes damasquinos con las pesadas hojas toledanas. El campo se estremeció con el choque de dos tan grandes y tan poderosos ejércitos, con el espantoso clamor de los combatientes, las pisadas de los caballos y el confuso ruido de los instrumentos bélicos. El rey don Alfonso quiso arrojarle de los primeros al encuentro del enemigo; pero contenido á duras penas por el arzobispo y los que rodeaban su persona, se limitó á seguir dando sus órdenes y observar los movimientos del combate, celoso de la gloria que podía obtener el último de sus soldados.

Los castellanos fatigados al escalar las ásperas montañas, no pueden sostener el ímpetu de tropas descansadas y empiezan á ceder. El señor de Haro que mandaba la vanguardia hacia prodigios de valor para sostener á sus tropas que empezaban á desordenarse. Entonces el rey don Alfonso ya no fué dueño de sí, y conociendo que le cumplía, sino vencer, morir al menos como rey, se volvió hacia el arzobispo don Rodrigo, diciéndole enérgicamente:

—Arzobispo, vos y yo aquí muramos: en tal lugar y en tal día, bien nos está el morir.

Pero el venerable prelado, que ya se había adquirido renombre de sabio, escribiendo las crónicas nacionales, que era tenido por artista por la inteligencia con que había dirigido la obra de su grandiosa catedral, quiso también en aquel día manifestar el ánimo y la resolución de un guerrero, y lleno de entusiasmo, hizo seña á su crucifero para que marchase delante con el guion primacial de Toledo, diciendo al rey, como poseído de tan secreta como segura y lisonjera esperanza:

—Vamos; no á morir sino á triunfar.

Alfonso VIII se arroja en medio de sus filas por aquella parte en que mas endebles se mostraban y presenta á sus campeones, de un lado la muerte gloriosa y del otro la deshonra: sus soldados eligieron lo primero. Cobran nuevo vigor y volviendo á la carga, rompen las filas sarracenas que se embarazan en su misma confusa muchedumbre. El rey de Navarra es el primero que penetra hasta

la suntuosa tienda del Miramolin, desbaratando las cadenas que la rodeaban, para que fuesen después el mejor blasón de su escudo. No se perciben mas que gritos de furor, estrépito de armas y lastimeros ayes de victimas. Los gefes señalan á las tropas el estandarte de la Cruz, que ya tremolaba en las almenas del castillo de Tolosa y su vista inflama los ánimos y decide la victoria.

La infantería enemiga perece al filo de las espadas castellanas, mientras que la caballería abandona el campo de batalla y encomienda su salvación á la fuga. Los sarracenos montados en sus ágiles caballos árabes y andaluces se esparcen fugitivos por la llanura, cual pajarillos acasados por el águila. Aquel tropel de gente de á caballo, sin orden, sin distinción de gefes ni soldados, corriendo á toda brida envuelto en una nube de polvo, por entre la que se divisaban los blancos alquiceles ondeando al viento, producía el conjunto mas fantástico y mas singular. Aumentábase la confusión y el desorden, con el miedo del enemigo, con los gritos de furor, las interjecciones con que animaban á los caballos y la caída de algunos que rodaban con su gineo. Los cristianos que venían á retaguardia, dan alcance á los bárbaros cerca del sitio que hoy ocupa *Baileu*, y lo que allí se verifica ya no es combate, sino destrozo completo y mortandad horrorosa, cuyo recuerdo se ha perpetuado en aquel terreno, conocido aun hoy día entre los naturales con el nombre de *Campo de la matanza*.

Los cristianos en fin, fatigados de la batalla, rendidos por el ardor del sol de Andalucía en un 16 de julio, envainan sus espadas, dejando tendido en la arena un asombroso número de cadáveres enemigos, apoderándose de riquísimos tesoros y haciendo hasta setenta mil prisioneros. Solo á la protección señalada del cielo se ha podido atribuir por los historiadores que han dado cuenta de tan célebre victoria, el que se obtuviese con una pérdida casi insignificante por parte del ejército confederado que mandaba el rey de Castilla. Por esta causa, no solo en la iglesia primada de Toledo, sino en toda la iglesia católica se celebra el aniversario de tan memorable victoria, con una festividad especial, titulada *el triunfo de la Santa Cruz*.

Así es como Alfonso VIII humilló el poder de la morisma y restauró el crédito de su esclarecido nombre en tan célebre jornada: extendió la esfera de sus conquistas hasta las márgenes del Guadalquivir y dió un día de gloria á su patria que aun recuerda con orgullo LAS NAVAS DE TOLOSA.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS HISTORICOS.

LA HUÉRFANA DE GANTE.

(PRIMERA PARTE.)

I.

La Procesion.

Los habitantes de los Países Bajos han tenido siempre una afición decidida á las solemnidades y procesiones públicas. No hay acontecimiento en su historia, aniversario, jubileo, entrada de príncipe ó rey, y fiesta de patron, que no les sirva de pretexto para representaciones en que la magnificencia compite con la originalidad.

La ciudad de Gante no es la menos apasionada á este género de placer. Así es que, cuando Juana de Aragón, esposa del archiduque Felipe de Austria, dió á luz el 24 de febrero de 1500, un hijo cuyo bautismo debía celebrarse algunos días después en la iglesia de San Bavon, toda la ciudad puso manos en la obra para dar á esta fiesta un brillo de que todos los Países Bajos pudiesen hablar con admiración.

El 5 de marzo fué el día señalado para el bautismo del príncipe que había recibido de su padre el nombre de Carlos, el título de duque de Luxemburgo, y el collar de la orden del Toison de oro. Celebróse desde luego la ceremonia religiosa, después de la cual Carlos de Croi, en medio de los vivas de la asamblea, depositó en la cuna del nuevo cristiano un casco de oro; el mar-

qués de Berg le presentó una espada del mismo metal; Margarita de Austria le regaló un azafate lleno de piedras preciosas; la ciudad de Gante le hizo homenaje de un barco de plata maciza, que pesaba cincuenta libras: en fin, los prelados de San Pedro le ofrecieron el *Nuevo Testamento*, encuadernado en terciopelo, y escrito en vitela, por el célebre rubriquista Juan de Ceus. Sobre el estuche de la obra maestra de caligrafía se leía en letras de diamante las palabras que siguen: *Leed con frecuencia este libro.*

Al salir de la iglesia la multitud se dirigió á la plaza del Viernes, donde primero debían mostrarse la cabalgada y los carros que formaban la procesion, compuesta con arreglo al programa, redactado por uno de los regidores llamado Antonio Crumbrugghe.

Era este un hombrecillo gordo, rechoncho, abultado de vientre, nariz amoratada, y que hasta entonces habia sido reputado mas bien como hábil conocedor de los vinos de Francia y España, que como un sábio, capaz de organizar el programa de una fiesta. Sin embargo era tal la perfeccion de la que habia arreglado, que se oyeron por todas partes gritos de admiracion al aparecer los caballeros y las carrozas al toque de los clarines, en un orden perfecto, y presentaron un espectáculo de una pompa verdaderamente sin egemplo. Al examinar las alegorias, al detallar los trages, al leer las divisas, llegó á su colmo el entusiasmo de la inmensa muchedumbre. No solo los gritos del pueblo, sino hasta los cumplimientos de las personas de gusto, felicitaron por todas partes á maese Crumbrugghe. Este, montado á caballo, iba y venia, saludando, dando gracias, riendo, sudando, y tomándose diez veces mas fatiga y cuidado del que debia.

Mientras el triunfante regidor recibia de esta suerte los elogios unánimes y estrepitosos aplausos de todos los espectadores, Andrés Rynghaut, sentado en la cabe-

cera de la cama de su muger, iba de vez en cuando á asomarse á la ventana de su cuarto para escuchar los gritos de la multitud, y volvía no sin haber suspirado, á sentarse al lado de la enferma aletargada.

Andrés Rynghaut era el secretario de maese Crumbrugghe: habia inventado y redactado el programa que tanto prezo le valia en aquel momento al regidor. Ya comprendereis ahora la tristeza del pobre poeta! No solamente veía la gloria de su obra resplandecer en otro, sino que ni siquiera podia asistir á la ejecucion del proyecto de que se habia ocupado con tanta pasion desde el día en que, previendo el nacimiento de un príncipe, la ciudad de Gante habia ordenado las fiestas que á la sazón se celebraban.

Todavía permanecía acechando cerca de la ventana cuando despertó su muger, la cual le hizo señal que se aproximase; Andrés se adelantó como un niño sorprendido infraganti.

—Amigo mio, dijo Margarita, quiero que me hagas una promesa.

—¿A qué viene ese aire solemne, querida mia? preguntó Rynghaut.

—Uso de este aire solemne, respondió, porque de nada menos se trata que de un juramento. Júrame, pues, por el Santo Apóstol tu patron, otorgarme plenamente, sin reserva, en el acto, lo que exigo de ti.

—¿Desde cuando necesita mi muger juramentos para obtener de mi lo que desea?

—Jura por estos Evangelios.

Rynghaut miró á Margarita; á pesar de la solemnidad del juramento que exigía, cierta dulce malicia mas bien que un pensamiento grave se revelaba en sus ojos brillantes con la fiebre y en sus pálidos labios.

—Juro obedecerte en lo que vas á pedirme, dijo.

—Pues bien, mi querido Andrés, vistete con tu traje



Vé, pues! haz lo que te pido.

de fiesta, coge de la mano á nuestra hija Duyvecke (1), que está jugando en la pieza inmediata, y vete á ver la hermosa fiesta de cuya invención y programa eres autor.

—¿Quién, yo? exclamó Andrés tiernísimamente conmovido. No á fé mía, no te abandonaré hallándote postrada en esa cama. ¿Quién te dará de beber cuando la sed seque tus labios? ¿Quién sostendrá tu cabeza en medio de los dolores que parece á veces que la despedazan? No, Margarita, no saldré.

—Me has dado tu palabra, y debes cumplirla, pues por nada de este mundo te la perdono. Me siento mejor; mi cabeza está despejada, mañana podré levantarme y dedicarme á los cuidados de la casa. Obedéceme, Andrés; cuando vuelvas á la noche, me contarás las cosas maravillosas que hayas visto, me dirás la admiración que la fiesta ha escitado entre los espectadores, y recibiré sumo gusto al oírte. Y además ¡cuál será la alegría de nuestra querida Duyvecke! Quieres que mas tarde, cuando la hablen de la fiesta celebrada por el nacimiento del hijo de nuestro soberano, responda tristemente: No las he visto!—No, Andrés, es menester dejar este gran recuerdo en la memoria de nuestra amada hija! Vé, pues! haz lo que te pido.

Andrés resistió algun tiempo, porque su bueno y tierno corazón experimentaba demasiado el deseo ir á la fiesta para no complacer á su muger, así es que cedió al fin á sus instancias, se adornó con sus vestidos de gala, cogió en sus brazos á la niña Duyvecke, de cinco años de edad, abrazó á Margarita, y cuando se halló en la calle se puso á seguir el torrente de la multitud que le arrastró hacia la procesión.

No era fácil empresa la de avanzar por entre aquellas olas humanas, oprimidas las unas contra las otras y casi tan peligrosas y agitadas como la mar verdadera. Andrés Rynghaut concibió mas de una vez el pensamiento de retroceder, y ya intentaba verificarlo, cuando de repente se halla en frente de una vieja. Quedóse pálido y se apresuró á volver la espalda á la que tan viva impresión le causaba.

La vieja no manifestó mas calma y placer al ver al pobre Andrés, pues abriéndose paso á fuerza de codazos entre los curiosos, se apretó contra Rynghaut de modo que no pudiera escapársele.

Cuando estuvo segura de su presa, se puso á cantar con voz baja y temblona una balada flamenca que la tradición ha transmitido intacta hasta el siglo XIX, y que las muchachas cantan todavía en Flandes el 24 de junio formando coros al rededor de los fuegos de San Juan. He aquí su traducción literal.

«En el jardín de mi padre estaba una doncella. Esta joven tenía el rostro blanco, sus ojos azules como el cielo. Cuando desataba sus cabellos, parecía un sauce en la orilla del agua.»

«Ola! hermosa niña, como os llaman? Quien os vé tan linda bañan vuestros pies en la fuente, siente arder su corazón y desea abrazaros.»

«Seguid vuestro camino, jóvenes; idos de aquí. Mi madre no quiere que yo hable á los jóvenes que vienen como vos á mirar por encima del vallado cuando lavo mis pies en la fuente.»

«Haceis mal, hermosa niña, porque yo tengo en el dedo un hermoso anillo de oro, y os lo daré, si lo quereis, y os conduciré al altar donde la Santa Virgen y el buen Dios bendecirá nuestro matrimonio.»

«Yo no puedo casarme, mi madre me ha prometido á Pedro, el hijo de nuestro viejo vecino. Guardaos vuestro anillo de oro, no puedo tomarlo; no quiero desobedecer á mi madre.»

«El viajero dijo tan buenas cosas, que la niña fué á decir á su madre: Quiero casarme con ese joven. La madre alzó los ojos al cielo, y exclamó ¡maldición á los que

faltan á la fé jurada: maldición á la hija que desobedece á su madre!»

«La joven lloró, sin embargo siguió al viandante que le habia dicho tan bellas palabras; pero la vieja la habia maldecido, y la miseria cayó sobre ellos con su compadre el arrepentimiento, y su comadre la tristeza.»

«Ahora están arrepentidos, quisieran obtener su perdón: pero el diablo se rie de sus lágrimas, los ángeles vuelven la cabeza, la anciana madre los maldice, y la joven llora cuando oye cantar.»

«En el jardín de mi padre estaba una doncella; esta joven tenía la cara blanca; sus ojos eran azules como el cielo. Cuando desataba sus cabellos, parecía un sauce en la orilla del agua.»

—En nombre del cielo, señora Siegbrit, exclamó Rynghaut, en quien esta balada parecia producir los dolorosos síntomas descritos en las últimas estrofas, en nombre del cielo, ¿no abrigareis jamás ternura ni perdón en vuestro corazón?

La vieja por toda respuesta repitió la última estrofa de la canción.

«Ahora están arrepentidos; quisieran obtener su perdón; pero el diablo se rie de sus lágrimas, los ángeles vuelven la cabeza, la anciana madre los maldice, y la joven llora cuando oye cantar.»

—Si no teneis misericordia para vuestra hija y para mí, al menos no permanezcáis dura é insensible con esta pobre criatura inocente. Miradla, y sentireis ablandarse vuestra cólera, miradla y saldrán palabras de perdón de vuestros labios.

Andrés se volvió para enseñar la niña Duyvecke á la vieja, pero esta se habia lanzado en lo mas espeso de la multitud y habia desaparecido. Rynghaut oyó solamente á lo lejos el canto de fasete de la vengativa criatura, que repetía en las notas mas agudas de su voz penetrante.

«Pero el diablo se rie de sus lágrimas, los ángeles vuelven la cabeza, la anciana madre los maldice.»

Nada menos fué necesario que la vista del séquito que se ofreció de repente á sus miradas para restituir un poco de calma al pobre Rynghaut, y distraerle de la triste impresión que habia producido en él este siniestro encuentro.

Los historiadores de la época han conservado el programa de la fiesta, renovada doscientos años despues, con muy pocas variaciones, en el mes de junio de 1767, para el jubileo de San Macario.

Rynghaut se hallaba colocado de modo que podia ver la procesión primeramente por su parte posterior; para admirarla en todo su conjunto debia marchar contra la corriente de la multitud, como una navicilla contra las olas de un rio. Seguiremos, pues, en nuestra descripción, la manera en que cada objeto se ofreció á los ojos del poeta. Hombres de armas con sus trompetas y su bandera á la cabeza, cerraban la marcha formando un brillantísimo grupo. Veíase despues un pavo real de talla gigantesca, conducido por hombres ocultos bajo una cortina, de modo que hacían creer que el pedestal que lo sustentaba marchaba por via de encantamento. Este pavo montado por una joven de estremada hermosura hacia la rueda, abría el pico y movía las patas como si estuviese vivo. Ciertos resortes colocados interiormente le daban estos movimientos. En seguida marchaba un carro que representaba la destrucción de la idolatría; la religion estaba sentada en la parte mas elevada, protegiendo á un obispo que oraba á sus pies, mientras que un sacerdote de los falsos dioses caía como herido del rayo. Cuatro caballos arrastraban este carro, debido á la liberalidad del gremio de los carpinteros; el pavo real habia sido ofrecido por los latoneros y plomeros. El dios Júpiter, caballero en un águila, marchaba detras flotando á su rededor una gran bandera encarnada bordada de oro. El coloso rey de los inmortales ceñía una corona, símbolo de su autoridad,

(1) Duyvecke significa en holandés palomita.

fruncía el ceño y movía ligeramente la cabeza para justificar la bella espresión de Virgilio! *Totum nutu tremefecit Olympum*. Su mano balanceaba los rayos celestes y parecía dispuesto á lanzarlos sobre la multitud que retrocedía maquinalmente y como si Júpiter no hubiese sido un maniquí. En cuanto al águila parecía gloriosa con su carga divina. Sus ojos que se movían del mismo modo que los del pavo real por un mecanismo invisible, giraban con aire de amenaza, y su pico se abría y se cerraba en ademán carnívoro. El cuerpo de este pájaro estaba cubierto de verdaderas plumas de águila, que se habían traído con grandes dispendios de los países del Norte, y particularmente de las montañas del Cáucaso. Hebe, recostada al lado de Júpiter le presentaba una copa llena de nectar. Delante de Júpiter iba Vulcano subido sobre la cumbre de una gruta, en la que dos ciclopes machacaban el hierro á martillazos. Su bella esposa Venus hija de la mar, se hallaba á sus pies con el niño Cupido. Dos palomas vivas y domesticadas batían las alas. El dios de la poesía, Apolo, se elevaba en medio de las nubes. Delante de Apolo caminaba, ó mas bien navegaba á todavéla, un barco de tres mástiles empavesado con los colores de los Países Bajos. A su costado se balanceaban ligeras chalupas en las que bogaban diestros y joviales marineros. El carro de Júpiter era de los *cerveceros*, el de Apolo de los *armeros*; el navío debía su ejecución á los *marineros*, el monte de Vulcano á los *herreros*. Un loco, armado de un palo que terminaba en una vejiga encarnada, iba dando vejigazos sobre todas las cabezas, encapitrotadas ó no, brincando detras del *cocodrilo* de los *lavaderos*. Encaramada sobre una roca la terrible fiera egipcia reconocía por amo á un verdadero negro de Africa que se hallaba casualmente en la ciudad.

Los *ropavejeros* oponían al *cocodrilo* un oso. A pesar de la natural malignidad atribuida á este animal, no por eso fué menos saludada su presencia con los gritos alegres de los muchachos, y no había madre que no estendiese su delantal hácia los dos hombres colocados al lado del velludo animal. Uno de estos hombres trepado en un árbol, cortaba con una gran espada panales de miel y los distribuía á su derredor. Para apagar la sed que escitaba esta pasta azucarada, marchaba delante Baco con un tigre á sus pies. Este carro era debido á los *taberneros*. En seguida, como para rendir homenaje al dios del vino y declararse sus súbditos venían las cuatro partes del mundo. El Africa con la frente coronada de una cabeza de elefante con sus anchas orejas y su gran trompa, presentaba un magnífico cuerno de abundancia lleno de confites, que aunque se derramase todo sobre las cabezas de la inmensa multitud, nada importaba porque se llenaba por sí mismo. Un león, echado á sus pies, la miraba orgullosamente, y dos mugeres negras la aventaban con abanicos de plumas. No poco gusto recibía el concurso con semejante chusca, pues la estación no era de las mas cálidas, y hubiera sido mas oportuno cubrir los hombros desnudos del alegórico personaje con una buena pelliza, que enfriárselos á fuerza de abanicazos. Un enano deforme, procedente de Africa, prestado por la archiduchesa Juana, su ama, marchaba con un guion en la mano. La América, sentada bajo una palmera, apoyando sus pies en un *cocodrilo*, miraba tranquilamente á un lince vivo que parecía esforzarse por llegar hasta ella y devorarla. Dos salvajes, hombre y muger, mostraban el uno una maza terrible y la otra collares de oro. En torno de este carro hablaban con admiración de la nueva parte del mundo que Cristóbal Colon acababa de descubrir, y en la cual decían, brotaba el oro naturalmente como en las demás partes el césped, los árboles y las plantas. Añadían que ciertos rios en lugar de agua llevaban oro líquido que se endurecía al aire. El Asia, vestida de las mas hermosas y finas telas de lana, montaba gallardamente un verdadero dromedario. Este animal, que no se había visto aun en Eu-

ropa en el siglo XVI, se levantaba y arrodillaba con unadocilidad maravillosa, con gran satisfacción de los que pasaban. Un chino se apoyaba en una caja de té toda llena de signos estraños que sirven de caracteres de escritura en aquel país. A sus pies dos hadas indianas sacaban de un cofre las flores mas bellas y raras que ofrecían liberalmente en cada parada que hacia la procesion. La Europa, simbolizada á la manera de los griegos, cabalgaba en un toro blanco rodeada de ninfas vestidas con la túnica de las jóvenes de la Fenicia. El Amor la miraba sonriendo, y un geniecillo acariciaba á un cordero simbolo del candor y la inocencia. Soldados armados de pies á cabeza, alabarda en mano, custodiaban á la casta matrona, coronada de estrellas. Este carro había sido costado por los *curtidores*. Los *cordoneros* sacaron un elefante mecánico y los *sombrereros* un castor.

Componían entre todo veinte y cuatro carros y animales, igualmente ricos, curiosos y dignos de admiración. Entre cada una de estas representaciones pafaban cabalgaduras, se veían enseñas desplegadas, personajes vestidos con trages alegóricos, bandas de músicos de varias corporaciones con sus uniformes de colores diferentes. Un ruido inmenso y magestuoso se elevaba hasta el cielo y causaba una verdadera embriaguez á los espectadores, sin contar que las campanas de varias iglesias de la ciudad mezclaban sus voces sonoras é imponentes á la agitación y al tumulto general. Los locos de cada gremio iban y venían entre la multitud, agitaban las campanillas de los muñecos que llevaban en las manos, abrazaban á las muchachas, echaban harina á los que pasaban, usaban de equívocos y retruécanos, y recibían en cambio de sus bromas pesadas carcajadas y sendos vasos de cerveza que todos se apresuraban á darles. De seguro nuestros mas pomposos espectáculos serían débiles é incompletos delante de semejante esplendor! Verdad es que la procesion que acabamos de describir costó mas de un millon de nuestra actual moneda.

Andrés Rynghaut, pensando en su proyecto tan magníficamente ejecutado, y de todo punto entregado á su alegría de autor, olvidaba que otro recogía la gloria de su obra. Perdido entre la muchedumbre, sentía latir su corazón con impetuosidad. Un rubor generoso encendía su rostro, y aplaudía á los actores que mejor desempeñaban su papel. Mientras se entregaba á su entusiasmo y á sus transportes, de repente la multitud llegó á ser tan compacta y le apretó de tal modo, que estuvo á punto de ahogarse. Resistió lo mejor que pudo estas olas vivas, y procuró ponerse á salvo, no solo porque un peligro verdadero amenazaba su cabeza, sino porque podía alcanzar á su querida hija. Valióse de los codos y de los pies para salir de la confusion, mas sus esfuerzos solo le valieron insultos y empujones de los que le rodeaban. Pronto sus pies perdieron tierra, y jadeando, casi desvanecida su cabeza, fué repelido y arrojado á lo mas espeso de la muchedumbre. De repente, juzgado de su espanto, sintió escapársele de las manos á su tierna hija, y que para salvarla de los vaivenes de que él era víctima, sostenía en alto por encima de su cabeza. Desesperado quiso cogerla, pero la multitud lo arrastró á veinte pasos mas allá, y despues mas lejos, y por último al extremo de la plaza, donde acabó de perder el conocimiento y cayó. Cuando volvió en sí, vióse rodeado de personas desconocidas que le suministraban sus cuidados. Al principio creyó que soñaba, y no se acordó de nada de lo que había pasado: pero ¡ay! pronto recobró la razón y la memoria.

—Y mi hija! exclamó, donde está mi hija Duyvecke? Nadie le respondió, porque nadie había visto á la niña.

—Hija mia, quiero mi hija.

Y se arrancó de los brazos de los que le rodeaban, y á pesar de ser muy entrada la noche y de principiar á tocar la queda, corrió á la plaza del Viernes, al sitio en

que había perdido á su hija. La plaza estaba tan desierta como poco antes hormigueaba de gentes. No halló en parte alguna á Duyvecke.

El desgraciado continuó vagando por la ciudad, recorrió todas las calles por donde había pasado y por todas partes iba preguntando por su hija. Al fin tuvo que volverse á su casa solo, sin la hija que una madre desolada iba á reclamarle!

Margarita, inquieta hacía ya largo tiempo, espiaba en la ventana la vuelta de su marido y de su hija. Cuando le vió venir solo, lanzó un grito de espanto.

—Y mi hija! y mi hija!

Andrés ocultó entre ambas manos su rostro y solo contestó con sollozos.

—Y mi hija! replicó la pobre madre. ¿Qué has hecho de mi hija?

—Se ha perdido! se ha perdido! balbuceó el desgraciado padre.

—Se ha perdido, eso no es cierto! no puede ser. Tú no la has buscado bien! Se ha perdido! hija de mi alma! Vamos, ven, Andrés, es menester llamar á todas las puertas; es menester gritar por todas partes: Devolvednos á nuestra hija!

—Entrad en vuestra casa, señora Margarita, dijeron los vecinos que habían acudido al ruido de esta triste escena: entrad en vuestra casa; estais enferma. Nosotros que estamos buenos, iremos á recorrer, cada uno por su lado, todos los barrios de la ciudad. Pronto volveremos con vuestra hija Duyvecke.

—Enferma! qué me importa la vida sin mi hija? Quiero mi hija, me hace falta mi hija!

Y cogiendo á su marido por el brazo, lo arrastró corriendo. Pero apenas había dado algunos pasos, le faltaron las fuerzas. Lanzó un grito, cayó pesadamente en la calle y permaneció allí sin movimiento. La sangre salía á grandes borbotones de su boca, y sus ojos quedaron abiertos.

Requiescat in pace! dijo uno de los testigos de esta escena. Dios se ha apiadado de sus tormentos! Ya no late su corazón! Sus lábios no tienen ya ni un aliento! Ha muerto!

Andrés Rynghaut, sentado sobre sus talones, miraba sonriendo el cadáver de su muger. Pasaba sus manos sobre su espaciosa frente y murmuraba una canción: en fin sacó de su bolsillo un lápiz y un librito de papel.

—Chit! dijo, chit! He aquí los versos que recitará el génio de Gante mañana cuando la procesion vaya á saludar otra vez al archiduque Felipe.

Se levantó, puso un pié sobre el cadáver de su muger, tomó una actitud oratoria y declamó con voz ampulosa:

O Diva gratum quæ regis Anthium,
Præsens vel sino tollere de gradu
Mortale corpus, vel superbos
Vértere fúneribus triumphos!
Iam cuncta Gandæ númina júbilant;
Fortuna, jungas te quoque gaudis;

Urbem visita favore,
Muneribus, stabili vultu.

En cuanto á Tomás Simonis, encargado de representar á la América, ha desempeñado muy mal su papel. Mañana lo desempeñaré yo, y vereis como bailo y brinco, y como las plumas de mi cabeza ondean con gracia.

El delirio de Andrés era mucho mas espantoso que la muerte de su muger. Esa alegría, esos bailes delante de la muerte, helaban de terror á los espectadores. Quisieron llevarse, pero se resistió.

—Qué me queréis? Ah! ya sé por qué me sujetais, miserables! El regidor Crumbrugghe os lo ha mandado. Dejadme, y os diré por qué me tiene tirria. Chit!..... No es él el autor del programa de la procesion. Yo lo he

compuesto solo, y él no ha hecho mas que copiarlo.

Oyóse en este momento confusa vocería; veíanse brillar á lo lejos algunas antorchas; traían en triunfo á Duyvecke.

—Aquí viene vuestra hija! aquí viene vuestra hija! decían todos.

Y colocaron á la niña en los brazos de su padre.

Andrés dejó caer sus brazos sin sostener la preciosa carga, que fué á rodar sobre el cadáver de su madre.

Mientras levantaban á la niña, Rynghaut logró desasirse de los que le rodeaban y huyó precipitadamente. Llegó á uno de los puentes que cubren el río, y deslizándose por entre los hierros de la barandilla, cayó al agua que se abrió con un ruido sordo para sepultarlo.

En tanto que, á pesar de la profunda obscuridad, algunos testigos de esta escena se lanzaban al agua, otros se pusieron á bogar aceleradamente en una barca que estaba amarrada cerca del puente. Las mugeres levantaron el cadáver de la pobre Margarita y lo trasladaron á la casa de la difunta. En cuanto á la niña Duyvecke, una vecina la agarró de la mano diciendo que se encargaba de ella.

Cuando los demas oyeron la oferta, ó mas bien la voluntad de la señora Siegbrit, así se llamaba la vecina, nadie levantó la voz para contradecirla, sin embargo de que todos veían con sentimiento á Duyvecke confiada á los cuidados de esta desconocida. Digo desconocida, porque en efecto, aunque Siegbrit habitaba en Gante hacía ya siete u ocho años, jamás habían podido descubrir nada acerca de ella, á pesar de la curiosidad y del espíritu de investigacion innatos y tan hábiles en las ciudades de Flandes.

Cierta mañana muy temprano habían hallado á Siegbrit sentada en la esquina de la calle del puente Madou, con un canastillo de flores á los pies. Su alta estatura, su tez tostada, sus largas manos negras, su taciturnidad absoluta, fueron el objeto de mil congeturas, entre las que no dejó de deslizarse la palabra de hechicera. Sin embargo nada justificó jamás esta acusacion. Siegbrit vivía pacíficamente, iba á la iglesia, vendía ramos para los dias de fiesta, adornaba y alumbraba á las imágenes, y sobre todo había adquirido mucha fama por el talento esquisito y arte consumado con que hacía pasteles.

El domingo, único día de la semana en que vendía sus pasteles, no daba abasto á los numerosos parroquianos que acudían á su puesto. En las mejores y mas ricas mesas de la ciudad no se desdénaban servir los pasteles de la señora Siegbrit. Cuatro años despues de su llegada á Gante, merced á su talento en la confeccion de pasteles y á su espíritu de economia, pudo trocar su puesto, que le servia á la vez de tienda y de laboratorio, por una casita que pagó casi de contado. Entonces se entregó á los caprichos de su estravagante carácter y á la aspereza de su mal humor. Si algun comprador se quejaba de que estaban quemados los pasteles, ó les ponía cualquiera defecto, no se dignaba siquiera contestar, cogía el dinero que el quejoso dejaba sobre el mostrador, lo tiraba desdeñosamente á la calle y le volvía las espaldas. Cuando se entregaba á estas medidas de rigor contra cualquiera, aunque fuese la muger de un regidor, desde luego podía renunciar á comer pasteles fabricados por Siegbrit, pues por mas que la suplicasen no la ablandaban dádivas ni ruegos.

Todos los años por el mes de diciembre, Siegbrit desaparecía de Gante durante unos quince dias. Transcurrido este tiempo volvía á aparecer, mucho mas triste que de costumbre, en la tienda que había permanecido cerrada durante la ausencia de la pastelera.

Era tanto mas de extrañar el cariño que Siegbrit mostraba á la tierna Duyvecke, cuanto que la vieja manifestaba comunmente una aversion invencible á los niños. Si alguno de ellos, de sonrosadas mejillas y blanca tez

depositaba sobre el mostrador de la pastelera algunas monedas pidiéndole en cambio un pastelillo, levantábase bruscamente, y le hacía señal que se marchase. Así es que todos los muchachos de Gante pasaban siempre corriendo por delante de la casa de Siegbrit, y si la encontraban en la calle, refugiábanse en el regazo de sus niñas ó de sus madres.

La adopción, pues, de Duyvecke por Siegbrit pareció en el barrio un acontecimiento casi tan lúgubre como la muerte repentina de Margarita y el triste fin de Andrés. Nadie sin embargo se atrevía á hablar de ella en voz alta; todos temían á la pastelera, aunque jamás había hecho el menor daño á nadie. Y sobre todo cuando las vecinas de los difuntos se manifestaron con menos reserva sus temores y su sorpresa, fué en la velada fúnebre, delante de los cadáveres colocados el uno al lado del otro en sus féretros. Una de ellas aumentó el terror general contando que había visto un día, por entre la puerta entornada de la trastienda de Siegbrit, donde nadie penetraba jamás, una calavera colocada sobre una especie de altar negro.

—Es verdad, añadió, que me ha parecido distinguir un crucifijo encima de esta horrible calavera; pero ¿no podía haber puesto allí ese crucifijo para engañar á los curiosos que pudieran, como yo, observar alguna cosa? Y además, preguntó, no es horroroso colocar semejante objeto en un sitio que sirve para fabricar golosinas y cosas de comer?

—Sí, interrumpió otra, eso es muy extraño; pero no tanto como la manera con que se hallado el cadáver del pobre Andrés. Según costumbre, se colocó en una tabla un pedazo de cirio bendito. Muchas veces se paró esta tabla, que flotaba libremente sobre el agua sin que por eso apareciese el cadáver. Llegó Siegbrit y dijo:

—Renunciad á ese medio que no sirve para nada. Indudablemente la corriente del agua que es muy rápida debajo del puente, desde donde se arrojó Andrés, habrá arrastrado el cuerpo hacia la compuerta del molino. Id allá y estoy segura de que encontrareis al triste objeto que buscáis.

Los marineros se encogieron de hombros y contestaron que jamás había fallado un cirio bendito, y que siempre se había parado en el sitio donde yacía el ahogado. Así trabajaron hasta el amanecer. La tabla y el cirio solo se paraban para engañarlos. En fin, cuando ya era muy de día, cansados de buscar inútilmente el cuerpo, tomaron el consejo de Siegbrit y se dirigieron á la compuerta. A la primera vez que echaron los garfios sacaron á flor de agua los restos mortales del desgraciado.

—Esto no es natural, añadió una de las viejas. Mucho me temo que no sea verdad lo que dicen, que es una hechicera.

Al volver la cabeza, no pudo menos de estremecerse, porque vió á Siegbrit detras con los brazos cruzados, en cuya actitud permaneció largo espacio sin decir una palabra, ni manifestar su cólera ó disgusto, antes bien parecía sumergida en una meditación profunda.

En seguida se acercó á los cadáveres, se arrodilló al pie de los féretros y se puso á orar con estremo fervor. Mas de una hora se pasó de esta suerte.

Al fin se levantó, cortó un rizo de los cabellos de Margarita y de Andrés, imprimió un beso en sus frentes, cogió el ramo de box depositado sobre una mesa al pie de un crucifijo y roció con agua bendita las frentes que acababa de besar. Volviéndose despues á las mugeres que se hallaban presentes, dijo con cierto aire de severidad:

—Enfrente de la muerte es preciso orar, y no maldecir. Pero vosotras solo pensais en calumniar á una cristiana, en vez de rezar el *de Profundis*. Dios os perdone como yo lo hago, á pesar de vuestras injurias!

Y salió dejando consternadas á las vecinas.

—Dios nos preserve del mal! contestaron; porque el odio de esta muger equivale á grandes desgracias.

—Habeis visto como ha tenido cuidado de echar agua bendita sobre la frente de los dos muertos, despues de haberlos besado?

—Y los cabellos que ha cortado? He oido decir que se hacen muchos maleficios con los cabellos de los difuntos.

Ea, suspended vuestros discursos, vecinas, dijo entrando el pertiguero de la parroquia. Ya es hora de cerrar los féretros: dentro de media hora vendrán los curas de la parroquia.

II.

En efecto, apenas había trascurrido media hora, cuando entraron en la casa tres curas y un monaguillo. Todos los habitantes del barrio habían considerado como un deber asistir á los obsequios fúnebres de sus desgraciados vecinos; y mas de trescientas personas se pusieron en hilera delante de la puerta, en el momento de marchar el fúnebre cortejo. Al salir los féretros apareció Siegbrit vestida de negro, llevando en sus brazos á la tierna Duyvecke, igualmente enlutada. Nadie pudo contener un movimiento de compasión y de dolor al ver aquella huérfana de cinco años, que seguía, jugando con el velo de la que la llevaba, los despojos mortales de sus padres.

En la mañana del siguiente día ocupaba Siegbrit, teniendo á la niña sobre sus rodillas, el sitio en que se sentaba como verdadera reina de un puesto de pastelillos, cuando vió entrar uno de los criados de maese Crumbbrughe, el regidor, el cual la dijo:

—Mi amo, señora Siegbrit, me encarga os comuniqua una buena noticia. Me envia para deciros que acaba de alcanzar para la huerfanita de Andrés Rynghaut una plaza que se hallaba vacante en el hospicio de niños de Alyn.

—No quiero separarme de la niña que he recibido bajo mi techo, respondió Siegbrit.

—El señor regidor me ha dado la orden de llevar á la hija de Rynghaut y la llevará, respondió insolentemente el criado, que quiso arrancar á la niña de los brazos de la pastelera.

Apoderándose esta de un cuchillo amenazó al criado, que retrocedió lleno de terror.

—Vete de aquí! le gritó Siegbrit arrojando el cuchillo lejos de sí. Vete de aquí; harás que cometa un crimen.

Al hablar así estaba pálida como una difunta, sus manos temblaban convulsivamente y sus labios lividos apenas podían balbucear algunas palabras.

El criado no esperó que le reiteraran la orden de marcharse. Echó á correr; y ya iba á contar á su amo, no sin exageración, la acogida que le había hecho Siegbrit, y su negativa á obedecer, cuando entró la pastelera en casa del regidor. Llevaba á Duyvecke en sus brazos.

—Maese Crumbbrughe, dijo, vengo á pedir os que me permitais que conserve á mi lado á esta niña; yo estoy sola en el mundo y había resuelto vivir siempre así; pero al ver á esta huerfanita abandonada de todos en la tierra, mi corazón, por tanto tiempo insensible, ha dado cabida á la compasión y á la ternura: he creído que el cielo me daba un hijo, y se compadecía al fin de mi soledad. Dejadme á Duyvecke; ya soy su madre.

—No es posible; he obtenido de los regidores mis cólegas la admisión de la huerfanita en el hospicio de Alyn. Así lo han resuelto y no hay mas que obedecer.

—Pero yo tengo derechos sobre esta niña que no me podeis disputar, respondió Siegbrit, y no renunciaré á ellos. Creéis que la haya recogido en mi casa, que me haya resuelto á amarla, y que la ame, para separarme ahora de ella? Jamás! Oh! no conocéis á Siegbrit.

—Basta de discursos. Os lo mando como magistrado y regidor de la ciudad de Gante. Dejadme ahora mismo esa niña, de que os habeis apoderado fraudulentamente.

Siegbrit cogió á Duyvecke y la levantó violentamente en vilo como si quisiese arrojarla á sus pies y estrellarla. Pero al punto reprimió este movimiento de cólera, y añadió aparentando una calma que estaba lejos de esperimentar:

—Os repito que me pertenece esta niña; yo soy su abuela.

—Mentis. Pensais engañarme? Nunca, en el espacio de ocho años habeis hablado, una sola palabra á Margarita; jamás su marido ha entrado en vuestra casa.

—Porque habia prohibido á mi hija desobediente que se presentase delante de mí, porque habia mandado al seductor de mi hija que jamás pasara el umbral de mi casa. Oh! no conoceis á Siegbrit! Cuando Rynghaut me suplicó que perdonase y bendigese á Margarita que estaba moribunda, mi corazon permaneci6 frio y mi oido sordo..... Ella misma abandonó su lecho de dolor para arastrarse hasta mi puerta y procurar ablandarme. Solo para verme, ha pasado por delante de mi casa sin que osára pararse. Y solo ha alcanzado mi perdon para ella y su marido en el momento en que mis labios sellaban sus dos frentes heladas por la muerte.

—¿Qué delito habian cometido para merecer semejante rigor?

—¿Qué delito? Me habian desobedecido! Margarita amaba á Rynghaut, á pesar de haberle prohibido que amase al hijo de un enemigo de mi padre. Despreció mis órdenes y vió en secreto á Andrés..... Una noche en fin se escapó de la casa materna para casarse con su amante; y vino á habitar con él esta ciudad. Lejos de la Frisia, mi patria, creian hallarse al abrigo de la cólera y de la venganza de la que habian ofendido. Nadie se escapa jamás de la venganza de Siegbrit. Yo tambien he abandonado la Frisia; yo tambien he venido á vivir en Gante. Como una pobre me he sentado en el umbral de su casa; no podian abrir sus ventanas sin verme allí, terrible é inexorable! No podian salir á la calle sin oír mis maldiciones. Cuando con mi trabajo adquiri algun dinero, compré la casa que se halla en frente de la suya. Cuando Margarita abrazaba á su hija y olvidaba en medio de sus goces maternales, su falta, su arrepentimiento y mi cólera, la llamaba y le enseñaba el cráneo de su padre, muerto del pesar que le habia causado la desobediencia de su hija. He aquí porque su vida se ha deslizado en una tristeza constante; he aquí porque ha caido enferma y ha sucumbido á la desesperacion. Si la desgracia ha muerto á ambos, es porque Dios oye y acoge la maldicion de las madres ultrajadas.

Una vez satisfecha mi venganza, principié á arrepentirme y abrí mi corazon á la piedad, amando á esta niña con toda la ternura que negué á su madre. Ya conoceis que no puedo separarme de Duyvecke.

—Quiero creer que me decís la verdad. Sin embargo necesitais presentar pruebas legales, antes de poder quedar en posesion de vuestra nieta. Voy á disponer que la depositen provisionalmente en el hospicio, hasta que hagais valer los derechos que teneis para reclamarla.

—No la abandonaré un momento, ya os lo he dicho. Pruebas? Derechos? Necesita de nada de esto una abuela para no separarse de su nieta? Vos sois regidor, sois rico, sois poderoso, maese Crumbrugghe; pero os aconsejo que no intenteis luchar conmigo, porque no quedareis vencedor.

—Por última vez os mando que me entreguéis esa niña.

—Intentad arrancármela de mis brazos, exclamó Siegbrit, y desde mañana fijará su asiento la desgracia en vuestra casa. Enfermedades crueles y mortales, acometerán á vuestra muger y á vuestros hijos! El gallo rojo del incendio cantará sobre vuestras casas y haciendas!

—Malvada bruja!

—Bruja! Asi me llaman con frecuencia. Muchas veces me he preguntado á mi misma si merecia en efecto este nombre. Bruja! Si, tal vez lo sea realmente. Quiéralo Sa-

tanás! porque te abrumaria bajo mi poder infernal y saciarla en ti la necesidad de venganza á que me habituó mi hija (Dios la tenga en su gloria). Sufria por no tener á quien aborrecer: gracias por haber colmado el vacío de mi alma. Ah! quieres á mi hija, pues bien, intenta arrebatármela.

Cogió á Duyvecke en sus brazos, y salió á pasos lentos, no sin volverse de vez en cuando hácia el regidor, á quien lanzaba miradas venenosas.

El digno magistrado se hallaba poco contento ante estos testimonios del odio de Siegbrit. Sin embargo, naturalmente testarudo y vanidoso, no cedió al miedo ni menos renunció á su proyecto de reducir á la razon á la pastelera. Dirigi6se, pues, á sus cólegas, que se hallaban reunidos aquel día para decidir un negocio público, y les refirió la escena de que acababade ser victima, y concluyó pidiendo que se espulsase á Siegbrit de la ciudad como hechicera, quitándole antes á la niña Duyvecke para depositarla, conforme á lo resuelto por la municipalidad, en el hospicio de Alyn. Los magistrados de Gante aprobaron por unanimidad estas dos medidas, y mandaron á cuatro alguaciles que las pusieran en ejecucion.

Cuando los agentes de la fuerza pública llegaron delante de la casa de Siegbrit, la hallaron cerrada. Inmediatamente pusieron manos á la obra para abrirla, y no pudiendo lograrlo, recurrieron al hacha y al azadon. Hallaron una resistencia que estaban lejos de esperar. Mas de tres horas fueron necesarias para vencer el espesor de las maderas y las anchas barras de hierro que las reforzaban. Al fin lograron hacer una abertura, pero percibieron tan pestífero hedor, que tuvieron que suspender el trabajo por algun tiempo. Cuando pudieron penetrar dentro, no hallaron á nadie: habian desaparecido Siegbrit y Duyvecke! Un fuego lento y sin llama acababa de consumir todos los muebles amontonados en medio de la trastienda. De este fogen se exhalaba el olor terrible que habia forzado á los trabajadores á retroceder.

La desaparicion de Siegbrit, la inutilidad de las diligencias practicadas para hallarla, no podian esplicarse en el siglo XVI en Bélgica, y sobre todo en Gante, sino atribuyéndolas á hechiceria. De consiguiente la pastelera fué declarada hechicera, y como tal condenada al fuego.

Ocho dias despues de la fuga de la vieja, una multitud inmensa se reunió delante de la casa. Vestidos de ceremonia los magistrados de la ciudad, intimaron á Siegbrit que compareciese y tres veces la llamaron en alta voz. En seguida leyó un ugie la sentencia que la declaraba hechicera, bruja y entregada al diablo, y ordenaba que seria sometida al tormento ordinario y extraordinario; despues de lo cual, añadia la condena, será conducida á la plaza del Viernes, donde será quemada viva y esparcidas al aire sus cenizas.

El verdugo repitió tres veces su llamamiento al que siguió un silencio profundo entre la multitud. Entonces se adelantó un sacerdote y roció con agua bendita la casa para ahuyentar al diablo. Al punto los albañiles, segun órden de los magistrados, principiaron á demoler aquella casa hasta los cimientos, sin dejar una sola piedra. Los escombros fueron arrojados al rio, sembraron sal en el terreno y cargaron el carreton del verdugo con todos los materiales que podian ser quemados.

Terminado este primer acto, dirigi6se la multitud á la plaza para asistir al segundo. Con los restos de la casa de Siegbrit formaron una hoguera, sobre la que colocaron un maniqui de muger, prendiéndola fuego el verdugo despues de haberla llamado de nuevo con su bronca voz: «Siegbrit, hechicera Siegbrit!»

El regidor Crumbrugghe asistió, como magistrado, á todas estas ceremonias lúgubres: su gorda figura redonda espresó una alegría llena de triunfo cuando vió caer la casa de Siegbrit, y fué el primero en dar la señal de los aplausos cuando la hoguera principi6 á quemar el

Maniqui que representaba á la vieja pastelera. Volvióse, pues, satisfecho á su casa, cuando vió consumada su venganza, envanecido con haber dado esta prueba de lo que alcanzaba su poder cuando era desobedecido, y sobre todo con muy buen apetito; porque el aire fresco de la mañana le había ayudado en el trabajo de la digestión, y dispuesto favorablemente á hacer honor á la comida del mediodía. En el momento de sentarse á la mesa, le entregaron una carta que había llevado una muger desconocida; abríola negligentemente y pasó la vista por ella: quedóse pálido como un muerto, y por poco se cae de su sillón: había leído lo siguiente:

«Siegbrit emplaza al regidor Crumbbrugghe, magistrado injusto y juez inícuo, para que dentro de un año comparezca delante de Dios. El que condena será condenado: el que quería separar á una madre de su hija, será separado de sus hijos.»

—Detened á esa muger! detened á esa muger! exclamó cuando volvió de su primera sorpresa.

Los criados corrieron para obedecer la orden del regidor; pero la muger había desaparecido y no pudieron hallarla.

Por mas que maese Crumbbrugghe quería persuadirse que era una locura dar importancia ninguna á las amenazas de una miserable criatura como Siegbrit, veníanle á la memoria sin cesar estas amenazas y fijábanse en su pensamiento. Durante el día distraíanle de sus mas gratas ocupaciones, y por la noche turbaban su sueño y le despertaban sobresaltado. Seis meses trascurrieron sin que pudiese borrar de su mente la terrible impresion que le había causado la lectura de la fatal carta. De este modo poco á poco perdió su color y obesidad; llegó á fastidiarle el vino, y hasta la buena carne le parecía indiferente, y frecuentaba con mas asiduidad su iglesia parroquial.

Sin embargo, en medio de estas inquietudes, en nada descuidaba sus funciones municipales. Asistía con puntualidad á todas las reuniones de los regidores, y casi parecía olvidar sus cuidados al tratar de los asuntos de la ciudad. Juzgad, pues, del pesar que experimentó, cuando vió un día al entrar en la sala del Concejo, á sus colegas los demas regidores mirarle con aire misterioso y no saludarle con aquellas muestras de afectuosa cortesania con que de ordinario le recibían. Nadie le alargó la mano, ni aun le dió los buenos dias.

Triste, embarazado, inquieto, sentóse en su puesto acostumbrado. Entonces el burgomaestre, despues de una corta conferencia con sus colegas los regidores, dijo con severidad:

Maese Crumbbrugghe, como regidor y decano del gremio de tegedores, teneis una de las tres llaves del *Secreto de la ciudad*. (1) El primer regidor, maese Lieben Pin, y el decano de los artesanos han depositado ya sus llaves en un cofre de hierro cerrado con doce llaves, confiadas á los doce individuos de mas edad de su corporacion. Vos solo no habeis seguido este sábio ejemplo, y habeis querido ser el único depositario de la llave. Pues bien, ocurre hoy que falta en el *Secreto* una pieza importante, precisamente la que obliga á vuestra familia á restituir en cien años á la ciudad de Gante cuatro casas situadas en el muelle de San Antonio, y cuyo usufruto disfrutareis hasta entonces vos y vuestra familia, segun resulta de una acta entendida en 1525 entre vuestros antepasados y los magistrados de esta ciudad.

—Falta esta pieza en el *Secreto*? exclamó Crumbbrugghe estupefacto.

—He recibido una carta en que se me avisa la sustraccion de esta acta, y os designan como el autor de seme-

jante crimen; inmediatamente he reunido á los regidores, hemos abierto el *Secreto* y efectivamente no hemos hallado la espresada pieza.

—Y me imputan este crimen?

—Quién sino vos era depositario de la llave? Quién si no vos tenia interés en sustraer las piezas robadas?

—Y me suponeis capaz de semejante villanía, á mí que soy vuestro colega y vuestro amigo!

—Justificáos y proclamaremos con alegria vuestra inocencia. Pero lejos de eso vemos que todo os acusa: tres semanas hace que vinisteis solo á la casa del Concejo, solo abristeis el *Secreto* y solo registrásteis los papeles que contiene. No teniais otro compañero ni testigo sino vuestro secretario Andrés Rynghaut que se ha dado la muerte, sin duda arrepentido del crimen de que le hicisteis cómplice.

Aterrado Crumbbrugghe ocultó su rostro entre las manos y no pudo contener sus lágrimas! sentía sucumbir su valor bajo tantas apariencias injustas y que sin embargo no podía refutar.

—No es esto todo, añadió el burgomaestre; tambien ha desaparecido otro titulo, *las franquicias de la compra de Flandes*, el mas importante de nuestros privilegios, y que tan grandes libertades asegura á la ciudad de Gante; é indudablemente, cualquiera que lo haya sustraído debe haber recibido sumas inmensas, y sabemos quien puede tener interés en hacerlo desaparecer y recomendar tan alta traicion. En este concepto, maese Crumbbrugghe, nuestro deber exige que reclamemos vuestra prision y os presentemos á los tribunales.

En este mismo momento entraron los maceros de la ciudad, alabarda en mano en la sala de las deliberaciones, se apoderaron de maese Crumbbrugghe y lo condujeron á la cárcel pública.

El rumor de tan extraño acontecimiento se divulgó rápidamente entre los vecinos, porque la riqueza y el rango del regidor hacian de él uno de los mas altos personajes de Gante. La importancia del privilegio sustraído, daba ademas una gravedad extrema á la acusacion que sobre él pesaba; su pérdida autorizaba al archiduque á doblar el impuesto, si lo tenia á bien, y á desconocer muchos derechos importantes de la ciudad. Asi es que la indignacion general estalló en todas las clases de la poblacion, y particularmente en la corporacion de los carniceros, que se hallaba libre en parte, gracias á la compra de Flandes, de los exorbitantes derechos de entrada que pagaban hacia veinte años las reses. Reuniéronse, pues, en tropel delante del edificio donde celebraba el gremio sus reuniones y alli exaltados ya los ánimos, prorrumpieron en amenazas y gritos contra Crumbbrugghe; llegando á ser tan violenta la efervescencia popular que muchos centenares de furiosos se dirigieron á la prision, echaron abajo las puertas y se apoderaron del desgraciado regidor. Cuatro hombres con la cara embadurnada de sangre de vaca, para no ser conocidos, arrastraron á Crumbbrugghe á la plaza del Viernes, y rodeados de una multitud inmensa, levantaron de improviso un cadalso, al cual obligaron á subir al prisionero. Alli le colmaron de inactivas, le arrojaron lodo, y las piedras silbaban por todas partes en sus oídos, cuando una voz aguda que hizo temblar al desgraciado, porque creyó reconocer la de Siegbrit, dominó el tumulto, tan penetrante era, y gritó:

—El tormento!

Multitud de aplausos acogieron por todas partes esta infernal idea; corrieron en busca del verdugo, le obligaron á cargar en un carreton sus instrumentos de suplicio, y por último á que aplicase el tormento al pobre regidor. A pesar de la violencia de los dolores que sufría este último, no cesó un momento de protestar su inocencia.

Sin embargo el populacho se enfurecia cada vez mas, y no se dejaba enternecer por la perseverancia de Crumb-

(1) Llamábase el *Secreto de la ciudad* un cofre de madera forrado con planchas de hierro, y cerrado con tres cerraduras diferentes y el cual contenia los titulos de los ganteses. Una de las llaves estaba confiada al primer regidor, otra al decano de los artesanos y la tercera al de los tegedores.

brugge en negar el crimen de que era acusado; así es que cuando se oyó de nuevo la voz aguda que gritaba:

—A la hoguera!

Hubo mas alegría y las aclamaciones fueron mas estrepitosas que cuando solo se trataba del tormento.

Dos minutos bastaron para improvisar la hoguera y arrojar en ella á Crumbbrugge. Entonces se vió una persona de alta estatura, envuelta en una capa y con el rostro oculto bajo un ancho sombrero, aproximarse y bajarse con una tea en la mano; y sacando de su seno dos pergaminos de que pendían algunos sellos, los enseñó al paciente, y hasta se descubrió, aunque de modo que no pudiese ser vista sino del regidor. En seguida esta figura, á la cual no hubiera podido designarse un sexo, y que mas parecia demonio que hombre, arrojó la tea en la hoguera y desapareció entre la multitud. De repente vieron las llamas, Crumbbrugge lanzó un horroroso gémido y ya no se oyó mas que el crugido de la madera que ardía, y el chisporroteo de las llamas.

Al siguiente día apareció depositado sobre las cenizas apagadas de la hoguera, un paquete que contenia dos pergaminos; eran estos las dos actas perdidas del *Secreto* de la ciudad, y de cuya sustraccion habia sido acusado el regidor.

Una vez montado en cólera el populacho, no se detiene facilmente en su camino, y no vuelve al órden hasta despues de haber satisfecho de todas las maneras posibles su sed de destruccion. Cuando los ganteses vieron apagarse la hoguera en la que habian quemado al regidor, entregaron al saqueo las muchas casas que poseía en la ciudad, las demolieron hasta los cimientos, quemaron las mercancías que se hallaban en los almacenes é inutilizaron los libros de comercio. Afortunadamente la muger y los cuatro hijos del decano de los tegedores se habian puesto en salvo, y solo así pudieron librarse de ser asesinados como el desgraciado Crumbbrugge.

Al día siguiente los magistrados de la ciudad, que sin fuerzas militares suficientes para contener tan funestos desórdenes, no habian podido oponerles mas que inútiles amonestaciones, recibieron un refuerzo considerable de tropas; pero estas tropas nada hallaron que reprimir. Cada cual se habia vuelto á su casa y á su trabajo; todos aquellos foragidos eran ya padres de familia pacíficos y laboriosos. Buscaron á los principales culpables; la justicia practicó esquisitas indagaciones; y como acontece de ordinario en los motines, no hallaron gefes; todos habian obrado bajo un impulso febril y espontáneo. En cuanto al personaje misterioso que habian visto en medio de aquella fatal agitacion, nadie le conocia, ni habia visto sus facciones. Pero no por eso dejó de ser la víctima espiatoria del tumulto. Le condenaron por contumaz al tormento y á la muerte, y le intimaron que compareciese delante de la justicia. Las intimaciones ridiculamente dirigidas á un hombre, de quien hasta el nombre se ignoraba, quedaron, como no podia menos de suceder, sin efecto, y pronto ya no se habló en la ciudad del trágico suceso sino para compadecer á Crumbbrugge y su desgraciada familia. En efecto, hallábase envuelto en tan inesplicables circunstancias el crimen imputado al regidor, que todos consideraban al desgraciado como inocente, condiéndose de su suerte, y sobre todo de la de su familia, porque los hijos y la viuda de Crumbbrugge habian pasado de repente de una gran fortuna á una horrorosa miseria: la demolicion de las casas que les pertenecian, la destruccion de las mercaderías y la pérdida del hábil negociante, que faltaba de pronto á la direccion de los muchos negocios que tenia entre manos, no les dejaban ningun recurso.

¿Cómo podian conocerse los deudores, cuando los libros de comercio, la correspondencia y todos los papeles habian sido inutilizados? Cómo responder á los acreedores que se presentaban con títulos en regla y que se apoderaban de lo poco que quedaba?

Preciso fué que la viuda y los hijos del regidor se retirasen á una casita de un arrabal de Bruselas, donde los recibió una parienta anciana, casi tan pobre como ellos. La viuda de Crumbbrugge puso sus hijos de aprendices en casa de unos artesanos, porque no quiso aceptar nada de los amigos que le quedaban en Gante, y rechazó con indignacion una renta vitalicia ofrecida por los regidores.

—No quiero el precio de la sangre de mi marido, contestó. Los que le han dejado asesinar por debilidad son tan culpables como los que han cometido el crimen por furor.

III.

Ians Crumbbrugge.

El mayor de los hijos de la digna viuda se llamaba Ians. A la edad de quince años dejó de repente los andadores de niño para convertirse en hombre formal y lleno de amor al trabajo. El tegedor en cuya casa habia entrado como aprendiz se lisonjeaba en tributar la debida justicia á la actividad, á la inteligencia y al buen instinto comercial de su discípulo: en los tres años que le tuvo en su casa, no halló motivo para dirigirle unasola reconvencion. Transcurrido este tiempo le dijo:

—Ians, sois un hábil artesano; solo os falta la experiencia en los negocios. Tomad esta suma de dinero, que os servirá para pasar á las ciudades anseáticas. Ireis á Berghen, donde sereis recibido por uno de los juramentos de artesanos que forman en la Europa comercial la vasta asociacion sin la cual no es posible hoy adquirir fortuna. Al cabo de dos años volveréis á Bruselas, y entonces espero poder daros pruebas del interes que me inspirais.

—Mi digno maestro, agradezco vuestras ofertas, respondió el jóven; pero mi madre, mi hermana, y mi hermano, cuyos débiles recursos se hallan agotados, no tienen otro medio de existencia mas que mi trabajo; ya veis que no puedo partir.

—Pierde cuidado, Ians; tu madre y tu hermana recibirán todas las semanas un socorro suficiente para vivir con comodidad; en cuanto á tu hermano ya está en edad de reemplazarte en mi casa, será mi aprendiz. A tu vuelta me indemnizarás de lo que hubiese hecho por ellos. Sino vuelves, no importa, soy padre, y habré hecho por tu familia, lo que quisiera que el buen Dios hiciera por la mía si llegase á verme en desgracia.

Ians fué á abrazar á su madre, y partió al siguiente día para la ciudad de Berghen.

Berghen, capital de la Noruega, servia de almacen principal á los anseáticos y contaba en sus calles tortuosas y ahumadas mercaderes de todos los paises. Entonces formaba el centro de la vasta asociacion cuya historia importa mucho conocer aunque someramente, antes de pasar adelante. Ansa proviene de las palabras alemanas *anz-set*, *á orilla del mar*. La ansa es una asociacion que se remonta, segun dicen, al siglo XIV, y que tuvo por objeto en un principio proteger la navegacion contra los piratas que desolaban el Báltico.

Al principio se compuso de algunas poblaciones situadas en las costas del mar desde el golfo de Finlandia hasta la embocadura del Rin. Las ciudades confederadas tomaron el nombre de *ciudades anseáticas*. Su número subia ya á sesenta y cuatro á fines del siglo XIV. La ansa tenia flotas, un ejército, un tesoro y todo lo que constituye un gobierno. Dividiase en cuatro miembros ó cuarteles. El primero tenia por metrópoli á Lubek, y se llamaba el *Vándalo*. Comprendia las poblaciones anseáticas, desde Hamburgo hasta la estremidad de la Pomerania; el segundo, llamado el *Rin*, tenia por cabeza ó metrópoli á Colonia; el

tercero el *Sajon*, á Brunswick, comprendía muchas poblaciones de la Sajonia y de la Wesfalia; el cuarto el *Prusia-no* á Dantzic, se componía de las poblaciones confederadas de la Prusia y de la Libonia. Cada una de estas metrópolis tenía un cargo y un título aparte. Berghen era el *gefe* de la confederación anseática; Dantzic el *canciller ó orador*; Brunswick el *mariscal ó curador*; Colonia el *tesorero*. Las asambleas generales de la liga se celebraban cada tres años en Lubeck. Cada *cuartel* tenía su asamblea particular anual en su metrópoli. La ansa había llegado á principios del siglo XV, á su apogeo de poder y de prosperidad. Esplotaba exclusivamente el comercio del Báltico; tripulaba grandes flotas, y guerreaba con los príncipes del norte que contrariaban sus especulaciones, ó pretendían atacar á sus privilegios. La ansa que debía su fuerza y su riqueza á la asociación, favorecía á la asociación por todos los medios posibles, y la estimulaba entre los suyos. Existía en cada una de las ciudades anseáticas una especie de *framasonería* cuyos grados tenían que atravesar uno á uno los iniciados. La fortuna y el rango no exceptuaban á nadie de las pruebas que había que sufrir. Una vez admitidos nuevos socios, hallaban ayuda y socorro entre los anseáticos; en las crisis difíciles les prestaban capitales de un fondo comun, cuidaban de sus viudas, y ponían en aprendizaje á sus huérfanos. Cuando caían enfermos y no podían dirigir sus negocios, se escogía entre los mas hábiles de la ansa á cualquiera para reemplazarlos. Por lo demas no era permitido á todos entrar en esta asociación; las pruebas que debían sufrir los neófitos, no contribuían poco á restringir el número.

Al llegar Ians á Berghen quedó desde luego aturrido del tumulto y de la agitación que reinaban en esta ciudad. Habitado á la calma de las calles de Bruselas, estuvo apique de ser atropellado dos ó tres veces por los innumerables carros cargados de mercancías, que recorrían en todas direcciones los diferentes cuarteles. Así es que el aprendiz se apresuró á entrar en un pequeño meson que se hallaba á la entrada del arrabal.

—Podeis alojarme en vuestra casa? preguntó á la huéspeda que estaba detras del mostrador.

A la vista de Ians, la vieja mesonera pareció experimentar una viva emoción. Hubiérase dicho que las miradas y las palabras llenas de dulzura del jóven le causaban una impresion dolorosa.

—Seguid vuestro camino, contestó bruscamente; todos los cuartos de mi casa están ocupados.

—Lo siento, contestó Ians, porque soy forastero en Berghen; llevo abrumado de fatiga y no sé donde hallar un alojamiento. Podeis al menos indicarme un meson inmediato!

—De donde venis? preguntó la mesonera. Conozco en el acento de vuestra voz que sois flamenco.

—Vengo directamente de Bruselas.

—De Bruselas? vuestra pronunciación anuncia un gantés.

—He nacido efectivamente en esa ciudad.

—Y cuál es vuestro nombre?

—Ians.

—Y el apellido?

—Ians Crumbbrugghe.

Al oír este nombre la vieja dejó caer el vaso de estaño que acababa de llenar de cerbeza.

—Qué venis á hacer en Berghen?

—Vengo para inscribirme en la ansa.

—Y esperais llegar pronto al grado de maestro?

—No, no corresponde á un pobre artesano como yo aspirar á tanta altura, replicó Ians suspirando.

—Luego no sois rico?

—Quien pierde desde niño á su padre, jamás es rico. Dios me dé la fuerza necesaria para ganar mi sustento y el de mi madre, y no pido mas á su misericordia.

—Muy buenos sentimientos son esos, dijo la mesonera

visiblemente conmovida, y supuesto que sois un artesano laborioso y un buen hijo, tendreis asilo en mi casa: os facilitaré los medios de ser admitido en el noviciado de la ansa. Los compañeros tegedores han elegido mi meson para celebrar en él sus reuniones. Yo soy su madre. Dejad vuestro morral, sentaos en esta mesa, y si vuestra bolsa está vacía, la madre Willems os adelantará lo necesario.

—Gracias á Dios no necesito de nadie, interrumpió Ians sacando de su bolsillo una bolsa de cuero bastante llena todavía.

—Duyvecke! exclamó la vieja, hola! Duyvecke! traed de almorzar á este jóven.

A este llamamiento mostró una jóven su linda cabeza en la puerta de la trastienda, miró á la posadera y á Ians, desapareció y volvió despues de algunos momentos. Sus pequeñas manos blancas, cubiertas con unos mitones de lana encarnada, que dejaban desnudos el pulgar y los demas dedos, traía un gran plato de estaño. Colocólo delante del recién venido, y mientras que este último principiaba á hacer honor al escelente asado que acababa de servirle, la jóven se dirigió á un tonel colocado en la misma tienda, y llenó una botella de cerbeza espumosa que puso en la mesa al lado del plato.

Mientras mitigaba el excesivo apetito que le habia dado el viage, Ians se puso á contemplar á la jóven que acababa de servirle, y á quien la mesonera llamaba con el lindo nombre de Duyvecke, nombre holandés que significa, como ya hemos dicho, palomita.

Representaba de quince á diez y seis años lo mas. Una basquina de lana encarnada caía hasta sus tobillos, y dejaba ver dos zapatos pequeños de tacones elevados, y cuya ancha hebilla de plata cubria el empeine del pie convado. Un corpiño de terciopelo negro, bordado de oro, y abierto por el pecho, mostraba una camiseta de fina batista muy plegada. Este vestido dejaba desnudos el cuello y el pecho; las mangas estrechas no llegaban sino hasta los codos.

Completaba este trage gracioso un tocado lleno de originalidad. Consistía en una especie de gran velo de encaje que caía sobre sus hombros, y que ceñía en la frente con cintillos de plata, realzados de pedrería, tales como los llevan en nuestros dias las mugeres de la Frisia. Bajo esta diadema brillaban dos grandes ojos negros, y se entreabria una pequeña boca, fresca y risueña, que Ians no pudo menos de comparar con dos guindas. Al ver la linda jóven que el estrangero la miraba con tanta atención, llenó de cerbeza hasta los bordes el vaso que su parroquiano dejó vacío, y segun la costumbre del tiempo llevó á sus lábios la espuma de la bebida.

—A vuestra salud, dijo: Dios os dé el logro de vuestros proyectos.

—Dios os oiga! contestó el jóven, y ojalá seais la paloma que me traiga en su lindo pico encarnado el ramo de oliva de la esperanza y la felicidad.

Llevó á sus lábios el vaso y lo vació de un solo trago. La alusión á su nombre hizo sonreír á la jóven.

—Bebed á mi salud, dijo; yo rogaré á Dios por vos, y haré una novena á nuestra señora de Berghen, á fin de alcanzar que os protega.

—Y ahora, jóven, dijo la mesonera, es menester que os ocupeis de vuestra recepción entre los individuos de la ansa. He aquí precisamente á Jacob, gefe de los socios tegedores, y presentó al jóven artesano, que era un viejo de rostro severo y toscas facciones.

—Quereis entrar en la ansa? preguntó. Veamos ante todas cosas si reunis las cualidades que se requieren para el noviciado. Sabeis manejar la lanzadera y fabricar las mas finas batistas?

—Creo sin vanidad poder desafiar á los mas hábiles tegedores.

—Ya lo veremos. Sois de legítimo matrimonio?

—Si.



Ians se puso á contemplar la jóven que acababa de servirle.

—Jamás vuestros padres han sufrido castigos infamantes; el hierro del verdugo no los ha marcado? no les ha cortado las narices ó las orejas; en fin, la horca ó la hoguera, no han puesto fin á sus días?

—Mi padre pereció víctima del furor popular; pero ninguna sentencia manchó su honor.

—Su padre estaba inocente, dijo la mesonera, yo daré las pruebas á la ansa, maese Jacob.

—Desde el momento en que os dispongais á pronunciar los juramentos de costumbre, señora Willems, nada tengo que decir, contestó el artesano.

—Habeis conocido á mi padre? Teneis medios para probar su inocencia? Hablad, hablad!

—Jóven, Siegbrít Willems fué espulsada de Gante por orden del regidor vuestro padre. Por él fué condenada como hechicera; por él fué demolida su casa hasta los cimientos; y sin embargo la que fué perseguida de este modo estaba inocente. Crumbbrugge podía obtener pruebas de ella, y no quiso... El talion le ha alcanzado; siendo inocente fué condenado; la hoguera que me destinaba lo ha devorado; sus casas han sido demolidas como la mia; esto era muy justo. Pero la venganza y la espionaje no deben ir mas allá del sepulcro. Siegbrít atestiguará bajo juramento ante la ansa que vuestro padre estaba inocente, y protegerá al hijo de su antiguo enemigo. *De profundis* para el reposo de su alma.

Cogió un rosario que pendía de su cintura; puso el crucifijo delante de sus ojos, y recitó las oraciones de los muertos, en tanto que Ians y el individuo anseático con la cabeza descubierta repetían en voz baja los versículos del salmo.

—Amen, dijo la vieja al concluir. Y ojalá maese Crumb-

brugge me perdone en el cielo, como yo le perdono en la tierra!

—Si mi padre os ha hecho algunos agravios, os suplico en su nombre que se los perdoneis; estoy dispuesto á daros la reparacion que pidais, dijo Ians.

—Callad, jóven, no recordeis lo pasado! interrumpió Siegbrít. Callad! ó mas bien cuando rogueis á Dios pedid á vuestro padre, que debe estar en el paraíso, porque su muerte ha sido un martirio, pedidle que quite el remordimiento del corazón á los que han causado su muerte. La venganza es un fruto dulce de comer, pero que deja un eterno amargor en los dientes que lo han partido.

—Pues qué, habeis tenido parte en la muerte de mi padre? exclamó Ians, retrocediendo con terror.

—Acabo de rogar á Dios por él, dijo Siegbrít con tono solemne; salgo garante de su inocencia; seré en lo sucesivo el apoyo y la madre de su hijo; he aquí todo lo que debeis saber, y todo lo que yo misma debo traer á la memoria.

—Si, la madre Willems tiene razon, jóven. Ella tiene mas talento y mas esperiencia que los mas hábiles y ricos negociantes de la ansa. Todo cuanto dice, lo escuchamos y practicamos como palabras del Evangelio. Procurad verme esta tarde; os someteré á la prueba, y si sabeis disponer hábilmente los hilos en el telar, si tegeis la batista perfectamente, de modo que podais rivalizar con los mas hábiles obreros, vuestro noviciado no será largo, porque maese Jacob será vuestro fiador y vuestro padrino.

En efecto, al siguiente día, Ians, que habia fabricado una tela de estremada finura y regularidad notable, fué presentado á los síndicos de la ansa de los tegedores por el anciano obrero que lo habia encontrado en casa de la mesonera.

—Ahora, le dijeron los gefes de la asociacion, escuchad bien lo que vamos á deciros, Ians Crumbbrughe, ya que os habeis presentado al noviciado de la ansa de los tegedores.

La ansa no debe componerse solamente de obreros hábiles, es menester tambien que puedan llevar en dote á la sociedad con quien se casan, un nacimiento legitimo, un nombre puro y sin tacha, un cuerpo robusto, valor á toda prueba, un genio pacifico y un carácter enérgico. Os reconocéis capaz de dar pruebas de todas estas condiciones y de todas estas cualidades?

—Trataré de adquirir las que me falten. Quien quiere, puede.

—Esto es responder como es debido. La legitimidad de vuestro nacimiento y la pureza de vuestro nombre están afirmados bajo el juramento de la señora Siegbrit Willems, madre de la ansa de los tegedores. Ya habeis tegido bajo la vigilancia de nuestro maestro Jacob una tela fina y hermosa. Preparaos á sufrir hoy la primera prueba; mañana será la segunda, la tercera se celebrará dentro de quince dias.

Cuando concluyó de hablar el decano de los síndicos, cogió á Ians por la mano y lo condujo á un estenso patio donde se hallaban reunidos todos los sócios de la ansa de tegedores, es decir cerca de trescientas personas. En un tablado que se habia erigido en medio de este patio habia varios sillones, que ocuparon los síndicos y en frente de ellos una silla en que se sentó Ians.

El decano dió una palmada, y la silla en que estaba sentado Ians se levantó bruscamente á doce ó quince pies de la tierra por medio de cuerdas y de poleas que pusieron en movimiento seis hombres. En el mismo momento quemaron debajo del neófito brea, plumas, cuernos de toro y cascos de caballo. Un humo pestilente lo envolvió todo con sus nubes sofocantes, y los seis hombres empezaron á subir y bajar la silla, de la cual tuvo que asirse el neófito con todas sus fuerzas sopena de caer en el fuego.

Mientras que sufría este suplicio verdadero, los sócios de la ansa cantaban las siguientes estrofas que publica el poeta danés Holberg, y las cuales traducimos literalmente y en prosa, para conservar toda su originalidad.

El trabajo es la felicidad
la union forma la fuerza.

El dolor entre dos se hace ligero,
la prosperidad entre dos es mas dulce;
los pájaros van en bandadas por el cielo;
los peces se reúnen para atravesar los mares.

El trabajo es la felicidad
la union forma la fuerza.

Si quieres ser buen hermano,
si quieres que la ansa esté orgullosa de tí,
sé el mas hábil obrero,
el compañero mas leal y mas fiel.

El trabajo es la felicidad
la union forma la fuerza.

Es menester dominar la fatiga
abofetear y sacudir la pereza;
hollar bajo las plantas los malos pensamientos,
elevant su alma á Dios y vaciar alegremente su vaso.

El trabajo es la felicidad
la union forma la fuerza.

El comercio es como la bóveda del cielo
que cubre y fecunda la tierra.
Por todas partes deja caer su rocío,
la fecundidad nace como un bello árbol.

TOMO III

El trabajo es la felicidad
la union forma la fuerza.

Marchemos, pues, con la cabeza erguida
compañeros, valientes hermanos de la ansa,
porque ninguna asociacion tiene la fuerza de la ansa,
en ninguna parte se encuentran brazos tan hábiles.

El trabajo es la felicidad
la union forma la fuerza.

En ninguna parte se encuentran corazones
tan puros; tan nobles y tan leales:
podemos marchar con la cabeza erguida
aun en presencia de los reyes;
los nobles individuos de la ansa
solo deben humillarse delante de Dios.

El trabajo es la felicidad
la union forma la fuerza.

Cuando vieron á Ians próximo á ahogarse con el humo, lo bajaron al suelo y vertieron sobre su cabeza doce vasos de agua, sacados de doce toneles diferentes. Despues de lo cual le felicitaron por el valor con que habia soportado las pruebas, y le permitieron que se retirara á descansar.

Al amanecer del siguiente dia fueron los síndicos á buscarle al meson de Siegbrit. Se lo llevaron silenciosamente, lo metieron en un barco y lo condujeron á plena mar. Allí de repente lo echaron al agua, y lo dejaron luchar con las olas sin prestarle ningun socorro. Cuando quiso agarrarse á la chalupa, los síndicos descargaron sobre él fuertes latigazos hasta llenarle el cuerpo de contusiones. Despues de este vapuleo le recibieron á bordo y le trasladaron á la orilla.

Creían que Ians siguiendo la costumbre de los neófitos se retiraría á su casa y se metería en la cama. Pero lejos de eso declaró su intencion de trabajar como si no hubiese sufrido fatiga ni dolores. Esta resolucion enérgica le valió los elogios de los síndicos, y sirvió sin duda para hacer menos cruel la tercera y última prueba; la mas difícil de soportar.

Consistía en dejarse azotar con los ojos vendados por todos los individuos de la ansa. La misma Siegbrit quiso proteger á Ians durante este suplicio verdadero; y gracias al crédito de que ella gozaba, hubo alguna economia en los azotes. Sin embargo, uno solo de los sócios mostró contra el novicio tal violencia y encarnizamiento que escitaron un murmullo general de desagrado. No contento con haberle vapuleado las espaldas, cruzó con un fuerte latigazo su pecho, obligándole á caer sin conocimiento á sus pies.

—Cristian, exclamó la vieja Siegbrit, me has desobedecido; no tardará en venir la venganza! Ya sabes que la madre Willems no perdona jamás.

—Al diablo vuestro protegido! al diablo vos misma, madre Willems: desde que ese jóven boquirrubio ha llegado á Berghen, no os acordais de nadie sino de él.

—Abrazad á este jóven, y pedidle perdon, dijeron todos los testigos de la escena. El que odia, merece ser odiado. Abrazadle ó sois expulsado de la ansa.

—Pues bien, al diablo la ansa y al diablo todo.

—Arrojáronse sobre el imprudente, y Dios sabe lo que le hubiera sucedido, á pesar de haber sacado su puñal y puéstose en disposicion de hacer resistencia, si Ians, vuelto en sí completamente, no se hubiese interpuesto entre los obreros y el que tan indignamente le habia tratado.

—Tengo el derecho, como nuevo individuo de la ansa, de pedir os una gracia, exclamó. Perdonad á Cristian. Al pedirlo no hago mas que reclamar un derecho.

Todos los agresores dejaron al punto al culpable, á

quien el peligro no había hecho ni palidecer ni temblar; y recibió aquel rasgo de generosidad de lans con aire desdenoso, saliendo de la asamblea a pasos lentos, sin dirigir una palabra siquiera de gratitud a su libertador.

En la segunda parte de esta historia sabremos los motivos del odio que nutria Cristian en su corazón contra lans.

(La segunda parte en el número inmediato.)

HISTORIA DE CUENCA.

I.

Cuando el origen de los pueblos es tan antiguo, que su memoria se pierde entre los siglos, degenera naturalmente en fabuloso su primer fundador. Esto mismo sucede respecto de España, conocida en la antigüedad con el nombre de *Iberia*; nombre que disputan muchos historiadores fué tomado de Ibero, su rey, hijo de Tubal nieto de Noé.

Algunos cosmógrafos pretenden que la ciudad de Cuenca fué edificada en los confines de la Celtiveria. —Respecto de los nombres primitivos que tuvo, hay divergencia. Unos dicen que por estar fundada en lo alto de una vistosa colina la llamaron *Anitorgis*, que quiere decir mirar en alto. Otros afirman que se llamó *Sucro*, nombre que se dió al río Júcar que baña sus muros, porque los primeros pobladores acostumbraban a fundar en las márgenes de los grandes ríos. Tito Livio hace memoria de una ciudad llamada *Sucro*, a donde Quinto Sertorio, caballero romano, tuvo mucho tiempo su cuartel y vivaqueó con su legión por las riberas del río de este nombre. —Plinio es de opinión que se llamó *Conca* por estar fundada en forma de una concha estendida: dice que fué capital de los pueblos cóncavos de España, descendientes de los masages de la Escitia, que llamaron *lesbios*, cuyos habitantes eran tan feroces que bebían la leche mezclada con sangre de caballo, para hacerse valientes en la guerra. —Silio Itálico asegura esto mismo en el libro 3.º de la guerra púnica; y el inmortal Horacio dedicó también dos versos a los cóncavos en su oda 4.ª libro 3.º que dicen así:

—Visam Britannos hospitibus feros.
Et lutum equino sanguine concavum.

Que existió la gran ciudad de *Conca* no cabe duda, porque después de la predicación del Evangelio en España por el apóstol Santiago, esto es, en el año 152 de Jesucristo, substituyó a San Eugenio primer arzobispo de Toledo, el virtuoso San Honorato hijo de Conca, que redujo a la fe católica con su ejemplo y saber, a muchos gentiles.

No es, pues, extraño que en la obscuridad del tiempo se dude de la primitiva fundación de Cuenca, si bien deja inferirse que hubo una populosa ciudad, quizá en el mismo sitio que hoy ocupa, la cual fué destruida completamente, edificando los romanos para suplir aquella falta, la Colonia Augusta conocida por la gran Valeria, a cuatro leguas de distancia, que hoy está reducida a dos pueblos de pocos vecinos llamados Valera de abajo y Valera de arriba, en donde se encuentran todavía vestigios y ruinas de su antigua grandeza.

El historiador Mariana, sin embargo, es de opinión que la ciudad de Cuenca fué fundada por los árabes. Como la fuerza de las armas ha sido en todos tiempos la única razón del poderoso, sabido es que los godos arrojaron de España a los romanos; que los árabes en su invasión bárbara por la traición del conde don Julian, arrojaron a los godos destruyendo su dinastía en la batalla del Gualdete con la muerte del rey don Rodrigo; y pudo muy bien suceder que en su larga dominación reedificasen de nuevo a Cuenca, como una plaza inespugnable cuando no se conocía la pólvora.—La situación topográfica de

esta ciudad y sus calles estrechas y tortuosas en la parte vieja de ella, que apenas puede andar un caballo, induce a creer cuando menos que fué reedificada por los moros.

El rey don Pelayo, el conquistador, restauró gran parte de la monarquía, continuando sus sucesores la misma obra, hasta que don Alonso VI de Castilla ganó a Cuenca por primera vez el año 1106.

II.

El motivo que impulsó la conquista de Cuenca y los términos en que se hizo la toma de la plaza son en extremo curiosos. —De las seis mugeres que tuvo don Alonso VI, la última fué la hermosa *Zaida*, hija del rey moro de Sevilla. Convertida esta princesa a la fe católica, recibió el agua bautismal, tomando el nombre de Maria, y de su matrimonio nació el malogrado infante don Sancho, que murió con los siete condes de Castilla en la batalla dada a los árabes junto a Uclés, en el sitio conocido hoy por el *Valle de la sangre*, inmediato al lugar de Sincuedes que quiere decir Siete-condes, de cuyo acontecimiento desgraciado tomó el pueblo este nombre. —Adjudicada la plaza de Cuenca a la corona de Castilla como en dote de *Zaida*, don Alonso, que era muy emprendedor, trató de desalojar por la fuerza de las armas a *Alhacen-Boli*, que la ocupaba con tres mil hombres.

Reunió a sus caballeros Fortun Velazquez, Sancho Sanchez Zorraquin, Blasco Jimeno, y Lope Fernandez Trillo, que llevaba el pendon real. El general que mandaba las compañías de ballesteros era Fernan Ruiz de Minaya; y el rey don Alonso dirigía en persona los escuadrones de caballería, compuestos de jóvenes guerreros y apuestos zagales. —La tenaz resistencia de los de la plaza obligó el asalto al romper la aurora del día 25 de mayo de 1106. —Una nube de flechas de ambas partes poblaba el aire; pero rechazados los cristianos en la subida a los muros por medio de escalas, acometió con ímpetu la puerta (llamada hoy de Valencia) el caballero Minaya. Con el recurso de las palancas bien pronto cayó la puerta al suelo, y entonces Alonso Ruiz, sobrino de Minaya, desmontándose del caballo entró el primero con espada en mano, siendo víctima de su ardor en el combate. Igual suerte tuvo Zorraquin que penetró mas dentro, y con él, Flores Pardo, caudillo de los zamoranos.

Al mismo tiempo que esto sucedía en la parte baja de la ciudad, se daba también el asalto en la puerta de Oriente (el castillo) muriendo en la refriega los capitanes de la gente segoviana, Pedro Bezudo y Juan Yañez Rufo, que mandaba doscientas lanzas. —La bizarria, empero, del joven Blasco Jimeno hizo que se pronunciasen los moros en desordenada fuga. Avergonzados estos de su derrota, y en medio de una confusa gritería, corrieron en tropel a encerrarse en el último fuerte (que hoy ocupa la torre de Mangana). Estrechados en todas partes por el valor de los cristianos, se fugaron en fin, aquella misma noche por una mina subterránea.

Libre ya la ciudad de enemigos; abatido el orgullo de la media luna por el pendon de Castilla, ordenó primeramente el rey que se diera sepultura a la multitud de cadáveres tendidos en las calles: puso en plena libertad a mas de mil cautivos que gemían abrumados de ca-

denas.—Mandó que se enterrasen con gran pompa á los cuatro caudillos muertos en la pelea; y despues de calzar con la espuela dorada á los que mas se habian distinguido por su bizzarria, trató de aprovechar la primera impresion de la derrota bajando con su ejército á Ocaña. —Arregladas así las cosas quedó de guarda de la plaza el capitán Blasco Jimeno, con las compañías de Avila que mandaba, marchando de victoria en victoria el héroe conquistador.

III.

Desgraciadamente pudo conservarse muy pocos meses la plaza de Cuenca en poder de los cristianos, porque alejado de allí el ejército real, y reforzados los árabes con gente sacada de los baluartes de Alarcón y Moya, tuvieron por necesidad que abandonarla.—Mas de setenta años dominó despues en sus torres el estandarte africano, hasta que don Alonso IX la conquistó segunda vez para nunca jamás perderla.

Obligado este prudente monarca por las quejas continuas de sus súbditos, á causa de las tropelías de los moros de la plaza, concibió el gran pensamiento de recuperarla.—Llamó sus gentes de armas, confederando tambien en la empresa, al rey de Aragón don Alonso II. —Habiendo, pues, reunido un crecido ejército salió de Toledo con los caballeros de las órdenes de Santiago, Calatrava y los Templarios. El día de los reyes, seis de enero de 1177, llegó con sus tropas á la vista de Cuenca; mas como encontrase bien guarnecida la plaza, puso un cerco riguroso, para no aventurar en el asalto una desgracia.—Nueve meses duró el cerco, y durante este tiempo, no hubo día que no ocurriese un desafío á lanza entre los caballeros cristianos y los árabes de la fortaleza.

Agotados los recursos y vituallas del ejército, talado enteramente el país, se vió precisado don Alonso á convocar las cortes del reino en Burgos, para pedir cien maravedis de oro á los nobles, con el objeto de subvenir á los gastos de la conquista. Nada pudo conseguir de la petición, porque los nobles se negaron al pago del servicio, pretestando, que una vez abierta la puerta se menoscabarian sus fueros; y vuelto el rey al cerco con la gente que pudo recoger, hubo un desafío muy curioso.

Entre los sitiados de la plaza habia un moro descomunal llamado *Zafra*, que cuentan tenia un palmo de ojo á ojo en la cara. Su estatura gigantesca era tal, que no habia hombre que se atreviese á pelear con él, pues con su largo y corpulento brazo á todos mataba.—El conde don Manrique, sin embargo, provocó al célebre moro á batalla. Grande ostentacion se hizo por los cristianos del desafío, concurriendo el mismo don Alonso á presentarlo.—Amaneció un día en extremo apacible y sereno, sin que ninguna nuvecilla obscureciese el hermoso sol que alumbraba; todo era ansiedad por el resultado fatal que alumbraba; todo era ansiedad por el resultado fatal que unos y otros vaticinaban.—En medio de los gritos entusiastas y aplausos estrepitosos que produjo la vista del conde en guardia, salió *Zafra* montado en un lujoso alazán blandiendo su lanza; y cuando todos creían vencido al conde don Manrique, dió este tan fuerte estocada á su contrario, que partiéndole el corazón cayó muerto sin hablar palabra. El conde luchó con fé, á pesar de la desventaja que llevaba, y en lo mas recio del combate, cuando se consideraba ya victima de aquel Hércules, ofreció su vida á la virgen del Monasterio de Huerta que salvó su temerario ardor y su arrogancia.

Tanto desalentó á los moros de la plaza la muerte de su caudillo, y tanto fué el terror pánico que les entró por su desgracia, que don Alonso, aprovechando esta feliz coincidencia, estrechó el cerco, con minas subterráneas, aproximando á las murallas las máquinas bélicas que entonces usaban.—Desesperanzados los árabes de obtener socorro de Africa, tuvieron que implorar la clemencia, muy propia de la hidalguía castellana, entregan-

do por último á Cuenca, miércoles día de San Mateo 21 de setiembre de 1177. (Se conserva la bandera vencedora en el ayuntamiento, y se saca en las festividades solemnes de la ciudad.)

Así describe don Rodrigo, en su historia de España la segunda conquista de esta plaza; pero el P. Escudero en su libro de San Julian, refiere un cuento tradicional respecto á este punto.—Dice, que viendo el rey la imposibilidad de poder batir los muros, apeló á un ardor por el cual entró la confusion en la ciudad. Estaba cautivo cierto pastor, llamado *Martin Alhaja*, que guardaba los carneros del gobernador árabe. Puesto el cautivo en connivencia con los cristianos entregó los carneros, les manifestó la puerta falsa por donde salia y entraba, contribuyendo él mismo á disfrazar los soldados con pellejos para engañar al árabe viejo y casi ciego que la guardaba. Creyendo este que eran carneros los dejó pasar, y como penetrasen por último en la plaza, dice, que mataron á todos los árabes que encontráran.—Esto en realidad puede graduarse una fábula. No obstante, hay una hermosa fuente en las riberas del Júcar que conserva el nombre de *Martin Alhaja*, cuyo nombre recuerda algun hecho histórico del cautivo cristiano, que con el tiempo ha quedado sepultado en la ignorancia.

IV.

El rey don Alonso IX, ufano con la conquista de una plaza tan importante para el trono de Castilla, y que tantos sacrificios habia costado, dedicó todo su anhelo á honrar á los nuevos pobladores que hizo venir á propósito de sus dominios de Estremadura y Segovia.—Fué el primer monarca que le concedió el título de *Ciudad*, dando á sus moradores el voto en cortes, y por armas una estrella de plata sobre un caliz de oro, en campo rojo, cuyo antiguo blason lleva en su bandera el regimiento provincial de Cuenca.

Varios fueron los caballeros que mas se distinguieron en esta conquista, á los cuales llenó el rey de mercedes y gracias, premiando como era justo su valor y su constancia. Entre ellos figuraron en primera linea el arzobispo don Rodrigo, varón prudente y virtuoso; el conde Nuño Perez de Lara; su hermano Tello Perez, jóven muy fogoso y valiente; Hernán Martínez Ceballos, capitán aguerrido, que ganada Cuenca, fué el primero que en presencia del rey hincó en el muro de la fortaleza de Alarcón el pendon de real, haciéndole merced por tan señalada victoria de la alcaldía de la misma, y del apellido *Alarcón*, de donde tiene origen la casa de los marqueses de Valverde.—Tambien se debió la mayor parte del éxito de la conquista al esfuerzo valeroso del capitán don Juan Hurtado de Mendoza, y en premio de sus buenos servicios se le concedió el título honroso de *guarda mayor* de Cuenca (así llamaban entonces á los gobernadores) siendo despues el primer marqués de Cañete.—Otros muchos caballeros, en fin, formaron parte de los brillantes escudrones que disputaron aquella gloria, como los Salazarres, Chirinos, Cañizares, Cabrerres, Jaravas, Valenzuelas, Valdés y Lorenzanas.

Linages ilustres y varones en letras, virtudes y armas, ha dado á la patria la noble ciudad de Cuenca.—Como hijos de este pueblo ganaron sus timbres y blasones los condes de Priego, los marqueses de Moya, Valverde, Cañete y Valera: como hijos de su suelo, unos naturales y otros adoptivos, lucieron en santidad San Honorato, segundo arzobispo de Toledo, digno apóstol del evangelio; San Julian, mártir de la caridad; San Lesmes; el eclesiástico Lorenzana, persona virtuosa y de loables costumbres, las monjas de la Concepcion Francisca, doña Teresa de Guzman, doña María de Toledo, y doña Andrea de Luján.—Como hijos de Cuenca se dieron á conocer en el mundo literario el cardenal don Gil de Albornóz, fundador del

célebre colegio de los españoles en Bolonia; Diego Valera, maestro que fué de la reina Católica Isabel I; el P. Zamora, general de la orden Franciscana; el astuto P. Molina; el sabio P. Chirino Salazar, de la compañía de Jesus; el cardenal Francisco de Mendoza; Sebastian de Covarrubias que escribió el tesoro de la lengua castellana; los poetas, el divino Figuerola, Diego Cortés, Bartolomé Segura, el licenciado Toledano y Villaviciosa.

Un hijo de Cuenca fué indudablemente el que salvó la monarquía de Castilla cuando por la muerte de don Enrique, el Doliente, se agitaron las ambiciones dividiéndose el reino en dos grandes partidos: el de Juana la Beltraneja, que aspiraba á la corona, y el de Isabel la Católica.

Proclamada esta gran reina, que tan grata memoria ha dejado en la historia, en el alcázar de Segovia por el intrépido ciudadano don Andres Cabrera de Bobadilla, toda la nacion siguió despues su bandera, cortando de este modo en su nacimiento la guerra civil que amenazaba asolar el pais, y desgarrar las entrañas de la patria.

V.

Grandes mercedes y fueros distinguidos se concedieron á los ciudadanos de Cuenca por su conquistador don Alonso y por los reyes sucesores.—Mandó aquel monarca que en todas las cédulas reales se le llamase rey de Castilla, Toledo, Plasencia y Cuenca. Concedió á los vecinos cristianos claros, el estado de *Hijos-dalgo*, instituyendo por sí mismo el cuerpo de *caballeros aguisados* (todavía se conserva) con la obligacion de salir á campaña cuando el rey los llamaba, para que hiciesen la guarda de honor en el pabellon real. Les declaró libres en todos los dominios de Castilla del pago de portazgos, pontazgos y barcages. De esta franquicia se deriva sin duda el proverbio entre sus naturales.—«*Di que eres de Cuenca y entrarás de valde.*»

Ultimamente, les concedió todo el término con sus montes, pastos, derecho y pertenencias para que los labrasen y poblasen como de propiedad suya, eximiéndoles ademas del pago de ningun pecho, con otras inmunidades que sería prolijo enumerar.—Alonso X confirmó estos fueros por carta otorgada en Sevilla á 11 de agosto de 1506, y vinieron revalidándose hasta el reinado de Felipe III.

Desde Fernando el Santo, en cuyo reinado tuvo lugar la conversion del rey moro de Valencia *Mahomet Abuseit*, por la influencia de don Ginés Perez Chirino, siempre continuó obediente á sus reyes la ciudad de Cuenca, hasta que en tiempo de don Pedro I, llamado el *Cruel*, se levantó por la reina doña Blanca, al grito de don Alvaro Garcia de Albornóz.—Este monarca salió de Toledo con su ejército á castigar la rebeldia, pero le cerraron sus vecinos las puertas, y tuvo que acampar quince dias en la aldea de Jabaga, en donde estuvo mientras se ajustó la tregua.

En tiempo de don Juan II hizo Cuenca una defensa heroica, bajo el mando de don Diego Hurtado de Mendoza, rechazando tres asaltos del ejército confederado de Aragon y Navarra, que trató apoderarse de la plaza con engaños y con la fuerza de las armas. Por este servicio concedió á sus vecinos el *fuero* de Toro, eximiéndoles para siempre del pago de impuestos y contribuciones.

También los reyes católicos, don Fernando y doña Isabel, debieron mucho su triunfo contra los partidarios de la Beltraneja á la lealtad y esfuerzo que hizo Cuenca, contribuyendo con dinero y con soldados.—Por este servicio se espidió real cédula en Olmedo á 12 de diciembre de 1483, concediéndole el honroso título de *muy noble y muy leal ciudad*.—Recientemente tiene concedido también el de *imperial* por S. M. la reina doña Isabel II.

Un suceso tremendo, sin embargo, acaeció en Cuenca en el reinado del emperador Carlos V, digno de referirse por su originalidad.—Había una ilustre familia que por

su riqueza y su blason era de las principales de la ciudad.—Ocurrió la revolucion conocida por las comunidades de Castilla, y en Cuenca se puso á la cabeza del movimiento popular don Luis Carrillo de Albornóz. Como este caballero no se hallaba muy satisfecho del giro puramente democrático que fué tomando despues aquel noble alzamiento, retiróse á su casa dejando el mando, porque los plebeyos, creyéndose invencibles, no escuchaban ya la voz de su caudillo.—Estaba casado Carrillo con doña *Inés de Barrientos*, señora varonil y de un temple de alma impropio del bello sexo, cuando he aquí que el pueblo depositó el mando de la ciudad en un hombre oscuro de oficio *frenero*, con cuya autoridad crecieron los desmanes y los insultos diarios á la clase noble.

Cierto dia salió Carrillo montado en una mula sin mas objeto que pasear; y como se viese acometido por una turba que le dirigian amenazas y gritos groseros, bajóse muy sereno, tiró de la espada provocándoles á un reto, que ninguno quiso aceptar.—Calmado un poco el bullicio se volvió á su casa, é informada su muger del imprudente atropello hecho á su marido:

—Juro á Dios, dijo, que si pública ha sido la injuria, pública ha de ser mi venganza.

Doña *Inés*, cual otra Lucrecia de Borgia, aparentó desde aquel dia mucha adhesion á la causa de los comuneros. Ordenó un festin en su casa convidando á cenar á los trece capitanes de la comunidad, esto es, á los trece regidores de Ayuntamiento.—Les obsequió estremadamente para cubrir su maldad, sirviendo en la mesa variedad de ricos y delicados vinos, con la esperanza de que rindiéndoles la embriaguez podria realizar su pensamiento á la sombra de la algazara. Asi, pues, lo hizo: á medida que se les iba turbando la razon, narcotizados por la mezcla de los vinos, eran conducidos aquellos desgraciados á diferentes aposentos y recreando su vista mandaba que sus criados los matasen allí sin piedad, cumpliendo su fatal juramento.—Muertos ya los trece capitanes comuneros, para hacer público el hecho, y para aprovecharse de la primera impresion que en la generalidad de las gentes causa el terror, dispuso que á la mañana siguiente apareciesen los cadáveres colgados de los balcones de su casa (hoy es del marqués de Ariza). Este caso muy ruidoso en aquel tiempo, hizo que terminase en Cuenca aquel pronunciamiento.

En todas ocasiones se distinguió la ciudad de Cuenca en hechos de armas y lances históricos. A su importancia en la balanza de Castilla y á su situacion precisamente en medio de las fronteras del reino de Aragon, Valencia, la Mancha y la Alcarria, se debió que fuese honrada con la presencia de catorce monarcas.—Despues de los dos conquistadores Alonso VI y Alonso IX, estuvieron dentro de sus muros el año 1291 don Alonso el Sabio y don Pedro de Aragon, que firmaron allí una alianza contra los árabes.—En 1290, don Sancho el Bravo y la reina doña Maria.—En 1562, don Pedro de Aragon, el Ceremonioso, desde donde escribió á Murcia la célebre carta de 21 de junio de 1562, mandando que los años se contasen en adelante desde el nacimiento de Jesucristo, era cristiana, dejando de hacerlo desde la era del César. Lo mismo mandó en Castilla don Juan II estando en las cortes de Sevilla el año 1491.—Fernando el Santo estuvo también tres veces con la reina su muger.—Alonso el XI fijó su cuartel real cuando el infante don Manuel le hizo la guerra desde el castillo de Cuenca, porque tuvo presa á su hermana en el alcázar de Toro.—Don Pedro I, llamado el *Cruel*, fué dos veces cuando entabló la guerra de Aragon.—Felipe II cuando regresaba de las cortes de Monzon el año 1564, que estuvo muy contento por la ovacion y el lujo ostentoso con que fué recibido.—Felipe III en el año 1604; Felipe IV en 1642; y últimamente Fernando VII en 1816; y en compañía de la reina Amalia de Sajonia en 1824 y 1826.

VI.

Uno de los sábios de la Grecia, *Aristóteles*, cuando propone los fundamentos de una buena república dice: —Lo primero y principal de todo es el cuidado del servicio de Dios, que llamamos culto divino.

Platon dice también en este punto: que las primeras leyes que se habían de establecer para conservar eterna una república, eran, las que pertenecían al culto divino porque no hay fuerzas, gobiernos, ni humana prudencia que mas aumente los reinos y monarquías, como el cuidado de las cosas pertenecientes al servicio de Dios.

Siguiendo este ejemplo *Numa Pompilio* cuando comenzó á gobernar los romanos, puso toda su mira en edificar templos, instituir sacerdotes, dar ritos y ofrecer sacrificios con que redujo el pueblo á la piedad; de modo que solo la fe y el juramento bastaban para regirlo.

El rey don Alonso luego que conquistó á Cuenca trató de seguir el mismo camino instituyendo la Santa Iglesia catedral y uniendo á su mitra los antiguos obispados de Valera y Arcas, lo cual tuvo efecto por bula que espidió el papa Lucio III en Velitre á 5 de julio de 1185.

El primer obispo que gobernó la diócesis con grande virtud y santidad, fué don *Juan Yañez*, natural de Toledo, descendiente de la familia de los mozarabes y del linage ilustre del Cid. —Creó los canonicatos trasladando desde Osma doce sacerdotes; y como en aquellos tiempos vivían en comunidad, les concedió la mitad de los diezmos y veinte vacas para su refectorio. Les hizo además la donación voluntaria del majuelo de su propiedad particular que poseía en las riberas del Júcar, y la mitad de la heredad sita en la hoz del río Huecar.

El segundo obispo que se sentó en la silla fué el glorioso San Julian. Estaba desempeñando este varón justo, el arcedianato de Toledo el año 1196 á donde vino desde Burgos, su patria, cuando por su virtud fué elevado á la dignidad de obispo á los sesenta y nueve de edad. Por su propia mano consagró el día 15 de agosto el altar mayor de la catedral. —Su vida era ejemplar; todo lo distribuía á los pobres, manteniéndose, segun la máxima del Evangelio, con el corto producto que le daban las cestas fabricadas por él mismo y por su familiar Lesmes. —Fundó la casa-inclusa, y dejó otra memoria conocida por el cuarteron (pan diario que se repartía á los pobres), logrando por esto el timbre honroso de que le llamáran á voz en grito *el padre de la caridad*. —Después

de diez años y medio que estuvo rigiendo la mitra, murió el 28 de enero de 1208 á los ochenta de edad, volando su alma al cielo. El cuerpo incorrupto de este santo fué trasladado con gran pompa á la capilla mayor el 11 de abril de 1518. —Julio III espidió un breve en 5 de junio de 1531 á petición de la iglesia y del ayuntamiento, para que se rezase de San Julian el 5 de setiembre; y Clemente VIII lo confirmó, cuya noticia se recibió con solemne procesion y grandes fiestas en la ciudad por la gran veneracion que se tiene en la misma á San Julian; costumbre observada sin intermision en el trascurso de tres siglos.

Entre los sesenta obispos que hubo hasta que murió el último, don Jacinto Garcia Rico, muchos de ellos obtuvieron grandes dignidades.

Don Gonzalo Gaudiol obispo noveno, ascendió á cardenal. Hallóse en la coronacion de don Sancho el Bravo; fué embajador en la corte de Francia, y gobernó la nacion mientras el rey hizo la romeria á Santiago de Galicia á cumplir el voto prometido cuando peleaba contra el rey moro *Abenjú*. Don Pedro Toledo de Barroso, obispo veinte y dos, fué en Italia capitán general de la iglesia romana. Fundó el monasterio de santa Prágedes, cerca de Avión, conocido por el *monasterio de los españoles*.

Don Diego Maldonado, obispo veinte y siete, asistió al concilio general de Constancia en 1417 como embajador de la nacion española: fundó el colegio de San Bartolomé en la universidad de Salamanca donde se halla sepultado.

Don Alvaro Iforna, obispo veinte y ocho, fué enviado con el conde de Cifuentes al concilio general de Basilea.

—Dice la historia que estando ya en conclave quiso anteponerse el embajador de Inglaterra en el asiento que ocupaba el español, y viendo don Alvaro la disputa acalorada que se trabó entre los dos seglares, quitó por la fuerza al inglés del asiento preferente que quería ocupar. —Le miró con aquella altivez propia del orgullo castellano, y volviéndole la espalda:

—Conde! dijo el obispo, yo como clérigo he hecho lo que debía... vos como caballero haced ahora lo que yo no puedo.

Suceso tan ruidoso en aquel tiempo, que motivó la declaracion de todo el concilio, dando la preferencia sobre Inglaterra á la silla de Castilla.

Todos los obispos, en fin, procuraron dejar alguna fundacion que les diese nombre en la posteridad, como por ejemplo, don Alvaro de Carbajal fundó la congregacion de San Felipe Neri: don José Florez y Osorio el hermoso edificio seminario conciliar que tantos talentos ha



Vista general de Cuenca.

producido. Pero el que mas sobresalió por sus fundaciones pías y por la grata memoria que ha dejado en Cuenca fué don Antonio Palafox, obispo cincuentay ocho, cuyo nombre se pronuncia siempre con una justa veneracion.

Tambien el canónigo *Juandel Pozo* fundó el año 1523 el célebre monasterio de San Pablo, edificado estramuros sobre una alta peña, cuya obra es admirable. El mismo canónigo construyó á sus espensas el famoso puente que lleva el nombre de *San Pablo*, porque sirve para ir en llano desde la ciudad al monasterio.—Es una maravilla pues no se conoce otro puente mas alto en España: en dos sierras tiene los estribos, se compone de cinco arcos cuyas pilastras, que parecen torres, son de piedra labrada y tuvo de coste sesenta y tres mil ducados.

VII.

Situada la ciudad de Cuenca en una colina, bañan sus muros por derecha é izquierda el hermoso rio *Júcar* que desemboca en el mar de Valencia, y el *Quecar* que muere por su union con el primero.—Tres grandes cerros antidiuvianos la circundan, y hay quien disputa tienen mas elevacion que los puertos divisorios de las dos Castillas. Se les conoce por el cerro del *Socorro*, *San Cristóbal* y el *Rey de la Magstad*, en los cuales hubo antiguamente unos santuarios dedicados á la Virgen del *Socorro*, á San Cristóbal y á la Ascension del Señor, de donde se deriva el nombre de aquellas enormes montañas.—Por el Mediodía hay una hermosa vega que la pueblan varios lugarcillos, y es regada por el rio *Moscas*. Por el Oriente está unida la sierra tan conocida por sus buenas maderas y por el nacimiento en ella del rio *Tajo*; y por el Norte y Sur hay dos profundidades por donde corren los rios, formando un vergel la multitud de árboles frutales y el verdor de las hortalizas.

La vista de esta poblacion desde la cuesta llamada de Velés, es en extremo magestuosa. Parece un Belem con que se adornan comunmente los nacimientos. Como las casas están edificadas en cuesta, tiene catorce iglesias, parroquiales, siete conventos de frailes, seis de monjas, dos oratorios y catedral, descuellan sus elevadas torres, (especialmente la de la ciudad llamada *Mangana*) aparentando al menos una poblacion de treinta mil vecinos, cuando en el dia no llega á tres mil, si bien hubo tiempo que contó catorce mil.

A medida que el viagero se aproxima recrea la vista, cual le pudiera suceder en el pais mas pintoresco de la Suiza.—La hermosa entrada que tiene por los caminos de Madrid y Valencia, de arrecife moderno con árboles en hileras, y los grandes edificios que se descubren del hospital de Santiago, la fabrica de los gremios, el seminario conciliar, el puente de San Anton, de cuatro arcos, obra de romanos, por donde pasa el cristalino *Júcar*, obra de romanos, por donde pasa el cristalino *Júcar*, sorprende seguramente.—La casa de misericordia es un edificio que mas parece un palacio, y la espaciosa calle de

las Lecheras, obra, del obispo Palafox, previenen desde luego el génio emprendor de aquel célebre prelado cuya grata memoria será tan eterna en Cuenca como el tiempo.

—Mucho debe la ciudad en su ornato á este obispo; y mas debe todavia á su memoria, la piadosa institucion de las *escuelas gratuitas de la sociedad* cuyo vasto y bien entendido edificio, capaz de encerrar tres mil niños de ambos sexos, es el principio de la cultura y civilizacion de todos sus habitantes.—No hay un hijo de Cuenca que no aprenda allí los primeros rudimentos de la enseñanza; que no imprima en su tierno corazon bajo de aquellos techos las lecciones de urbana sociedad y moral cristiana.—El que suscribe este artículo se envanece de haber pisado aquellos gratos salones en sus primeros años.

En general es una poblacion, vieja en verdad, pero muy sólida en la construccion de las casas; y muy vistosa, especialmente la parte del *arrabal*, por donde corren cristalinos arroyuelos que sirven para el riego de los jardines y huertas.

Sus paseos frondosos no tienen que envidiar nada, pues el conocido por la *Hoz*, embelesa á los naturales y forasteros porque está poblado de parras, moreras, nogales y multitud de flores que brotan entre sus peñas.—Nada hay artificial, todo es obra de la misma naturaleza.—Lo mismo sucede respecto de la alameda y otros sitios muy amenos que seria molesto describir.

Hubo tiempo que sus fábricas de papel, paños, baraganes y alfombras eran conocidas en toda España; y su ganaderia era por consiguiente tan crecida, que solo la casa de los señores de Castillo, registró en el esquileo verificado en 1804, veinte y cuatro mil cabezas merinas.—Todo ha desaparecido bajo la carcoma fatal de las revueltas políticas que han aquejado la nacion; y si bien era una ciudad opulenta por los grandes capitales y casas ilustres que tenían asiento en ella, ha pasado en el dia á ser pobre por el declinamiento del clero, y por los saqueos espantosos que hicieron en 1810 los generales franceses *Moncey*, *Victor* y *Coulincourt*.

Abundante de aguas, rica en todo género de combustibles, es en fin, una ciudad fresca en verano, muy cómoda por sus lumbres en invierno; en extremo saludable por la pureza de sus aires, y entretenida por sus hermosas vistas y hechos históricos que recuerda.—Sus naturales dotados de una luz clara, razonable, y muy obsequiosos, con los forasteros, son de una indole jocosa y buena para el trato social. De aqui viene el proverbio tradicional entre los mismos:—«*Que la ciudad es madre de forasteros, perteneciendo á estos la estrella de sus armas y el caliz á sus naturales*».

¡Lástima es ciertamente que el gobierno no se haya ocupado en dar nueva vida á esta ciudad antigua, que tantos títulos honrosos tiene adquiridos! Y lo hubiera conseguido á muy poca costa, haciendo que fuese por la misma el camino real de Valencia tan justamente reclamado por sus vecinos.

JULIAN SAIZ MILANÉS.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

UN SUICIDIO.

Hemos hablado varias veces en nuestro periódico de algunos establecimientos de baños minerales, pero nada hemos dicho nunca de la parte interior de ellos; jamás hemos referido ninguna aventura de las muchas y muy curiosas que ocurren entre los bañistas, como ocurren en todas partes donde se reunen personas de diferentes sexos, edades y categorias, sea cualquiera el objeto con que lo

verifiquen. Lo que vamos á referir es histórico, y tan verdadero, que nos vemos precisados á cambiar los nombres de los personajes y ocultar el lugar de la escena para no pasar por indiscretos; tiene la ventaja ademas de ser de fecha reciente, de modo que es en realidad un *episodio de historia contemporánea*, por supuesto historia de costumbres, que por ahora no se trata de otra cosa.

Todos los que concurren en el año 184..... por el mes de agosto á los baños de C.... recordarán sin duda haber visto un caballero como de cincuenta años de edad,

con una joven hija suya, que diariamente paseaban por el sendero que á la derecha de la casa conduce á la cima de una montaña poco elevada, desde donde se descubre un delicioso valle. Este caballero que llamaremos don Anselmo, porque es preciso llamarle de algun modo, habia ido á las aguas á restablecerse de un principio de desarreglo en las vias digestivas, y María, tal es el nombre que daremos á la joven, lo habia acompañado tambien para reponer algun tanto su salud ligeramente afectada á causa de su débil temperamento. Don Anselmo, que todavia vive, es un rico comerciante de Sevilla, excelente sujeto, pero sordo y mudo hace mas de veinte años para todo otro asunto que sus negocios, así, pues, la conversacion durante el paseo era poquísimo animada entre el padre y la hija; despues de cuatro exclamaciones sobre la belleza del pais y lo hermoso de la temperatura, uno y otro marchaban en silencio, abismado cada cual en sus respectivas reflexiones. El honrado negociante meditaba sobre las cartas que por la mañana habia recibido anunciándole que el cargamento de azúcar recién llegado á Cádiz habia sufrido averia en el mar, ó que sus letras sobre Méjico habian sido protestadas por mala fé del corresponsal, ó que las cajas de cigarros habanos se habian despachado á buen precio á bordo del buque que las traia, ó cosas por este estilo, mientras que María solo en una cosa pensaba: en su amor al joven R.... poeta romántico furibundo, pero hombre muy positivo, que se daba buena vida á costa de las lágrimas que hacia verter con sus dramas. Su viaje á C... habia sido de puro entretenimiento; á buscar inspiraciones como él mismo decia, y alguna de esas herederas que cansadas de doncellez se deciden á los treinta años á dar su mano á un calavera que las arruina. Pero los hombres, aun siendo poetas somos en general mejores de lo que nosotros mismos creemos. R... habia ido con el frio y odioso cálculo de hacerse amar de una rica solterona, y adquirir por medio de un casamiento sin amor, la facilidad de continuar su vida disipada, y á la vista de María sintió por ella una pasion verdadera. Las distracciones del comerciante de Sevilla, los paseos en que se encontraban sin aparentar buscarse, la familiaridad de la mesa redonda, y alguna carta que circulaba por debajo del tapete, y que María se iba á leer, y aun á besar, al pie de un árbol junto al cementerio del pueblo inmediato habian facilitado, al principio, y acrecentado luego este amor. Las conversaciones directas no eran fáciles por la mucha vigilancia de don Anselmo, pero R... habia adoptado el medio mas sencillo de mostrar su talento y sus sentimientos á la joven, entablando en su presencia con cualquiera dialogos cuyo objeto era siempre delicado y escogido, en los que se mezclaban alusiones á su pasion que los interlocutores tomaban por digresiones de su fecundia literaria, pero que María entendia perfectamente sin aparentar oírlas. Algunos á quien R... dispensaba el honor de provocar estas explicaciones, se preguntaban si un hombre de talento que decia tantas cosas inútiles, habria ido á los baños á robustecer su cerebro debilitado; pero María agradecía interiormente á su amigo estas demostraciones que lo esponian á pasar por mentecato á la vista de los demas.

María acababa de cumplir veinte años y poseía una clase de hermosura rara en Andalucía y en todas partes; tenia los cabellos negros como el ébano y los ojos azules; sus manos blancas y sus bonitos dedos hacian olvidar un pie disforme, defecto mas que mediano en una andaluza; sus ojos de una dulzura celestial tenian una gracia, que es un verdadero inconveniente para la pintura: el derecho era mas grande que el izquierdo, y por último oyendo el timbre sonoro de su voz, no podia dudarse que María estaba dotada de un carácter amable y dulce. A fuer de historiadores verídicos, debemos denunciar otro defecto que no era en realidad sino una nueva gracia: tenia nuestra heroína un miedo insoportable á los insectos; el canto de

una chicharra destrozando su oidos la hacia estremecer, y un mosquito la arrancaba gritos de terror; una cosa habia á que tenia mas miedo que á perder el amor de R... á encontrarse sola en su cuarto con un moscardon negro. María, por lo demas se asemejaba en muchas cosas á la mayor parte de las jóvenes de su pais; con un corazon de fuego y extraordinaria viveza de carácter se mezclaban ideas ficticias y cierta disposicion novelesca, fruto de la lectura de algunos libros modernos y de la influencia del clima.

El tiempo habia llegado en que R.... regularizase sus relaciones con la hija del comerciante; ya esta le habia indicado alguna vez á hurtadillas que necesitaba ante todo obtener el consentimiento de su padre, y R... se decidió á escribir á don Anselmo una carta pidiéndole la mano de María. La contestacion fué ir á tomar dos asientos en la diligencia aquel mismo dia, y á la madrugada siguiente padre é hija rodaban camino de Sevilla, el uno muy ocupado de las dificultades que oponia la compañía de seguros para indemnizarse de las averias de su cargamento de azúcar, y la otra muerta y traspasada de dolor sin consuelo y sin esperanza. De vuelta á la hermosa ciudad, María, cayó en un estado de abatimiento y languidez que pronto ocasionó serias inquietudes; su padre incapaz de adivinar el motivo de sus penas, ni de creer formalmente en ellas aunque las adivinase; buen hombre en el fondo, hubiera preferido sin embargo ver á su hija muerta mil veces antes que casada fuera de su clase; por consejo de un médico la confió á un hermano suyo, que asuntos del comercio obligaban á venir á Madrid, suponiendo que el viaje la distraeria y la haria olvidar lo que don Anselmo llamaba sus *aprensiones*. Conducida por su tío á ver todas las curiosidades de la corte, de que este habia formado una lista antes de salir de Sevilla, con arreglo á la primera edicion del *Manual* del señor Mesonero, la pobre joven miraba sin ver y no hallaba nada que le pareciese tan bien como el sendero de la montaña de los baños de C.... Solo la lectura le embelesaba; pero buscando distracciones, halló un veneno que corrompia lentamente su inteligencia bastante debilitada ya. Su tío ocupado de sus negocios, lo que menos se cuidaba era de los libros que su sobrina leia, y viendo que con ellos estaba contenta, era el primero en proporcionarle cuantos se le antojaban. María daba su preferencia á las novelas, y entre estas á las mas atroces y estupendas; por entonces el desenlace por asfixia era el que estaba mas en voga entre los autores franceses, que son como todo el mundo sabe, los que nos abastecen á nosotros de este ramo de literatura; las descripciones que ella leia, le inspiraron la idea de acabar de igual modo la historia de su primera pasion. Si María hubiese esperado dos años mas, acaso el desenlace por aneurisma ó tisis hubiese estado en voga, y puede que viéndose pálida y flaca hubiera tenido paciencia y esperado que la naturaleza la librara del peso de la vida; pero la pobre habia resuelto poner término á sus dias con el carbon, porque todos en este mundo somos imitadores y plagiarios, aun en los actos que parece que mas exclusivamente debian pertenecernos, tales como el suicidio. Su romántico ardor la habia hecho atrevida é industriosa; sin despertar sospechas, sin aparentar que en nada cambiaba sus costumbres ordinarias, logró proveerse de todo lo necesario á su proyecto; es verdad que estábamos ya en invierno, y esta circunstancia le favoreció, pues tenia brasero en su cuarto y solo tuvo que pensar en el acopio de carbon y de orillo para tajar las rendijas de las puertas y ventanas. Cuando estuvo todo dispuesto, una noche á la hora que ya supuso que su tío y todas las gentes de la casa dormirian profundamente, escribió dos cartas, una á su padre y otra á su tío, en el estilo y segun las fórmulas novelescas, al uno para pedirle perdon de la pena que iba á causarle, y al otro para rogarle que obtuviese de éste permiso de que la enterrasen en el cemen-

terio del pueblo de C... inmediato á los baños. Concluida esta operacion se vistió de blanco, se arrodilló delante de un cuadro de la Virgen, encomendó su alma á Dios y en seguida prendió fuego al carbon y se echó en la cama con las manos cruzadas sobre el corazon, á fin de que los que por la mañana debian encontrarla muerta, comprendiesen por qué causa se habia privado de la existencia. En esta posicion, muerta ya en esperanza, apresuraba con reflexiones acaloradas el momento en que sus párpados debian cerrarse bajo el peso de este sueño de plomo que mata el pensamiento antes que el cuerpo. Algunos instantes se pasaron en tan lúgubre alternativa; pena de la juventud malograda, despedidas á R... y á su padre, terrores rápidos, súplicas de arrepentimiento, la familia, la religion, el amor, el horror de la muerte, la fatiga y el cansancio de la vida, todas estas cosas atravesaron sucesivamente como espadas su cabeza trastornada ya con los primeros vapores del carbon. De pronto un pequeño ruido se deja oír, y se incorpora toda sobresaltada; pero el ruido cesa y se vuelve á echar, ó mejor dicho, cae sobre la almohada, porque ya una pesadez dolorosa arrastraba su cabeza como una masa inerte. El ruido vuelve á comenzar y Maria se levanta de nuevo; mira con angustia al lado de la ventana, pasa y repasa la mano por los ojos como para quitar un velo que le impide distinguir los objetos... no hay duda... lo ha visto! Arrójase de la cama dando terribles gritos y corre á ocultarse en el rincon del cuarto mas distante de la ventana, mirando con ojos desencajados la terrible aparicion y poniendo sus manos por delante para alejarla. El tío que tenia el cuarto junto al de su sobrina oyendo los gritos de esta corre á socorrerla; la puerta resiste pero la fuerza de un empujon, entra y vé al traves de un tufo espantoso, la pobre Maria sin poder respirar apenas que llena de terror le dice. Allí, allí!... miradlo. El buen hombre va al punto á las cortinas pensando hallar algun ladrón ó por lo menos fuego. — No hay aquí nadie mas que tú, le dice á su sobrina despues de haber registrado. — Oh! no lo vé vd. allí! esclama de nuevo la desgraciada joven... mas lejos... allá... y se cubre los ojos con las dos manos. — Lléveme el diablo si nada veo, añadió el tío, tú por fuerza soñabas con ladrones y te se ha figurado!.. Pero Maria sin mirarlo, sin oirlo,

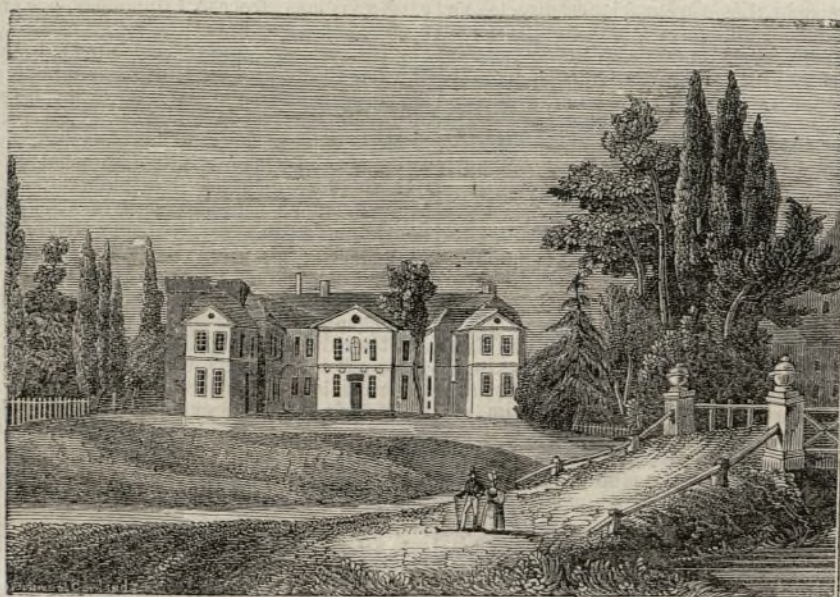
hace un esfuerzo terrible, se precipita fuera del cuarto y va á caer medio muerta de terror á la habitacion de su tío que la sigue atontado y sin saber que pensar de tan extraña escena.

No será menos quizás la curiosidad de los lectores que la admiracion y el estupor del hermano de don Anselmo, y á fin de satisfacerla me apresuro á decir que lo que Maria habia visto, lo que habia causado su espanto é impedido realizar su fatal proyecto, no era otra cosa que un... murciélago, cuyo aturdido vuelo lo habia arrojado á la alcoba de la joven, donde el criado lo encerró sin verlo; un murciélago, que como hemos visto pareció mas terrible á Maria que la misma muerte. A mí me ha parecido el murciélago siempre un bicho feo y asqueroso, pero desde que me refirieron esta historia, confieso que no puedo ver ninguno sin experimentar un sentimiento de simpatia, y es porque recuerdo que un individuo de su especie libertó la vida á una linda sevillana.

En efecto, Maria recobró sus sentidos; un temor mas poderoso la habia curado del deseo de morir: arrojándose á los brazos de su tío le confesó todo vertiendo abundantes lágrimas, mezclando á su relato las mas espresivas excusas y dejando entrever en sus hermosos ojos el deseo de vivir todavia. Este acontecimiento habia resfriado bastante su pasion, pero una carta de su padre la hizo entrar en el camino del olvido: la carta estaba concebida en estos términos: «El hombre que has tenido la locura de amar, el *poetastro* R... acaba de formar compania con la vieja marquesa de M... sus veinte mil duros de renta, su peluca, sus perros y sus preocupaciones; es decir que se ha casado con ella. Yo espero que una vez que te han protestado esta letra, no volverás en tu vida á girar á cargo de corresponsales de semejante calaña, y que á nuestra vista aceptarás el endoso que te tengo dispuesto.»

En el momento en que escribo estas lineas, Maria es la esposa del rico é inteligente sucesor de un fabricante de lienzos de Barcelona, y sus amigos la han felicitado y por la venida al mundo del que Dios mediante, será el tiempo sucesor del fabricante de Barcelona y del meo cader de Sevilla.

M...



Vista del establecimiento de baños de C...